

## Capítulo 34: Última visita general de las obras

Al comienzo del año 1834, el P. Chaminade escribía a uno de sus hijos<sup>1</sup>: «Aunque mi salud se sostiene, no debo hacerme ilusiones de que mi carrera vaya todavía a durar mucho. Pronto cumpliré setenta y tres años. Me parece que no ambiciono vivir mucho tiempo, aunque tendría necesidad para reparar el pasado tan pobre. Aunque usted sea joven y se encuentre fuerte y vigoroso, no desaproveche la vida. Manténgase siempre dispuesto a partir. Que cuando llegue a mi edad, si llega, no tenga el pesar que yo experimento por no haber servido mejor a Dios».

Decía además<sup>2</sup>: «Debo más que nadie pensar en la muerte y prepararme a ella». A los que le invitaban a cambiar el lugar de su residencia para tener menos preocupaciones que las que tenía en Agen, respondía simplemente<sup>3</sup>: «Le agradezco la apremiante invitación que usted me hace para ir a vivir a Saint-Remy. Los hermanos Rothéa me han insistido para que vaya a la hermosa casa de Ebermunster<sup>4</sup>. Algunos de mis amigos, de alta categoría, desearían que me estableciese en París. El hecho es tendré siempre la casa de Burdeos como casa central, hasta que Dios se digne hacerme conocer su voluntad a este respecto. En cuanto a mis gustos personales, encuentro pocos en mí, por no decir que ninguno. Las más bellas y cómodas habitaciones de la tierra me parecen todas ellas verdaderos lugares de exilio».

La perspectiva de un fin quizá próximo provocaba en él un vivo deseo de dar a sus obras todas las garantías de perfección y estabilidad que estaban en su poder. Decía a Clouzet al final del año 1833<sup>5</sup>: «Tengo la intención de trabajar constantemente en consolidar y regularizar la Compañía de María, en purificar todo lo posible a cada uno de sus miembros». Y algunos días después, terminaba así la circular que dirigía a sus hijos con motivo del año nuevo<sup>6</sup>: «Queridos hijos, no quiero vivir más que para vosotros... Ya sé que al consagraros mi vida, no os consagro ya mucho tiempo; estoy ya viejo, más de los que algunos de vosotros piensan. Pero ¿no es esa una razón, queridos hijos, para darme prisa en perfeccionar e incluso extender la obra de Dios, la Compañía e María? ¡Qué no podríamos hacer nosotros bajo los auspicios de nuestra augusta Madre y Patrona! ¡A qué grado de virtud podríamos llegar!».

Para conseguir su fin, se había propuesto emplear dos medios tan eficaces e indispensables el uno como el otro: una visita general de todos los establecimientos y la redacción definitiva de las Constituciones y de los reglamentos. Le hemos visto ocuparse de la parte de esta última tarea que le parecía más apremiante. Cuando acabó, se dispuso a hacer la visita, sin dejarse detener por la consideración de las fatigas inseparables de semejante viaje, sobre todo a su edad.

Se puso en camino hacia el Norte por la fiesta de la Natividad de la santísima Virgen (8 de septiembre de 1834), acompañado de su secretario, Charles Bonnefoi. En su itinerario pasó por el centro de Francia y su primera parada fue en Noailles (Corrèze), donde habló con el conde Alexis de sus antiguos proyectos, trastocados por la Revolución de 1830. A falta de una escuela normal, el P. Chaminade había abierto en Noailles una simple escuela primaria, posible nexo para obras más importantes. Por desgracia, el conde, que no desesperaba del futuro y que consagraba a la beneficencia todo el tiempo libre que le había dejado la Revolución de julio, fue llevado prematuramente por la muerte al año siguiente, el 14 de marzo de 1835, y con él se desvanecieron todos sus proyectos.

El P. Chaminade continuó su viaje por Lyon, continuamente retenido por sus propios asuntos y también por las consultas que le hacían en diversos lugares<sup>7</sup>. En Besançon encontró todavía vivo el recuerdo de un prelado que no había hecho más que pasar por la sede arzobispal de

<sup>1</sup> Al P. Léon Meyer, 20 de enero de 1834. *Carta 742, Lettres, t. III, p. 375.*

<sup>2</sup> A Clouzet, 26 de octubre de 1835. *Carta 804, Lettres, t. III, p. 540.*

<sup>3</sup> A Clouzet, 31 de diciembre de 1833. *Carta 719, Lettres, t. III, p. 363.*

<sup>4</sup> Situada en Alsacia. Véase más adelante, en este mismo capítulo.

<sup>5</sup> A Clouzet, 31 de diciembre de 1833. *Carta 719, Lettres, t. III.*

<sup>6</sup> 4 de enero de 1834. *Entresacado de la carta 720, Lettres, t. III, p. 367.*

<sup>7</sup> Cf. su correspondencia del mes de septiembre de 1834.

esta ciudad. La pérdida de monseñor Dubourg era causa de duelo personal para el fundador. Bordelés de nacimiento, el antiguo obispo misionero de Nueva Orleans «le había manifestado en varias ocasiones estima e interés»<sup>8</sup>. Cuando pasaba por Burdeos, honraba con su presencia las sesiones de la Congregación<sup>9</sup> y, a su vuelta a Francia, habiendo sido elevado a la sede episcopal de Montauban, había protegido las dos obras de la Compañía de María que se habían creado en su diócesis, las de Moissac y Lauzerte. En Besançon también se mostró benévolo con el Instituto de María. Lo tomó bajo su protección especial y, en su carta de toma posesión, se creyó en la obligación de rendir homenaje público al celo del P. Bardenet y a la dedicación «de los dignos hijos de María»<sup>10</sup>. Murió dos meses después (diciembre de 1833). El P. Chaminade, al pasar por Besançon, encontró todavía la sede vacante. El nuevo arzobispo, monseñor Mathieu, se disponía a hacer su entrada en la ciudad<sup>11</sup> y se iba a mostrar tan favorable al Instituto de María como su predecesor.

De Besançon el P. Chaminade se dirigió a Saint-Remy, y de allí sucesivamente a las diferentes obras de la Compañía de María y del Instituto de Hijas de María. Su estancia en el Norte duró algo más de año y medio, de septiembre de 1834 a mayo de 1836. Pasó en Alsacia la primavera-verano del año 1835 y distribuyó el resto del tiempo entre las diversas comunidades del Franco Condado.

El asunto más urgente era el de dotar a estas provincias de buenas casas de formación. Saint-Remy nunca había dejado de tener un noviciado. Pero, en 1828, el P. Lalanne había tomado la lamentable medida de mezclar a los postulantes con los alumnos, comprometiendo la vocación de los primeros sin asegurar a los segundos ventajas apreciables. Pronto se volvió a la situación anterior, pero tras la Revolución de julio el noviciado no funcionó de una manera regular. Con ello sufrió la formación de los jóvenes religiosos y, por poco que se prolongase esta situación, traería consecuencias fatales para la Compañía. Decía más tarde el P. Chaminade a Clouzet<sup>12</sup>: «Usted sabe que la causa de los males que tenemos que lamentar en la Compañía de María está en el poco cuidado que se ha puesto en formar a los sujetos... Pero ¿no conviene que empecemos por concentrar nuestras fuerzas en los noviciados. si queremos sostenernos y seguir adelante, y no es mejor que sufra una obra en particular antes que los viveros destinados a abastecer todas las casas?». Había que rehacer estos viveros en el Norte y aprovechar, para su organización, de la experiencia adquirida en Burdeos y Saint-Remy.

El principio de la admisión de los niños antes de la edad requerida para el noviciado estaba avalado por los resultados obtenidos en Saint-Laurent: con ello ganaban tanto la formación profesional como la formación religiosa. Escribía el fundador<sup>13</sup>: «La Compañía necesita noviciados; necesita también casas de estudios. Siempre hemos creído deber educar, a imitación de las órdenes religiosas más antiguas y más santas, a algunos niños de fe para el estado religioso, según la voluntad y la fortuna de sus padres, y también según los medios que nosotros nos podamos procurar. Hemos llamado siempre a estos niños *pequeños postulantes*». Este principio fue admitido en la reconstitución de los noviciados del Norte, a pesar de las ideas contrarias del P. Lalanne. Se había comprobado también que en el noviciado «los estudios perjudicaban a la piedad»<sup>14</sup>. Y concluía el P. Chaminade: «En esta situación, hemos creído deber establecer que los dos años de noviciado estén divididos en dos partes: una primera parte de noviciado riguroso, en que los jóvenes no se ocuparían más que de la instrucción y prácticas religiosas; cuando se les viese sólidamente constituidos en las virtudes de su estado, se les emplearía según sus talentos, o se les haría estudiar el resto del noviciado».

¿Era mejor crear varios noviciados en el Norte o reunir en la misma casa a todos los aspirantes a la vida religiosa? En principio, el fundador no era partidario de multiplicar los

<sup>8</sup> Carta del P. Chaminade al P. Chevaux, 14 de marzo de 1833. *Carta 672, Lettres, t. III, cfr. pp. 263-264.*

<sup>9</sup> Véase más arriba, capítulo 16.

<sup>10</sup> Carta pastoral del 6 de octubre de 1833.

<sup>11</sup> El 25 de noviembre de 1834. Volveremos a hablar más adelante de monseñor Mathieu.

<sup>12</sup> 1 de octubre de 1839. *Error en el día: entresacado de la carta 1179, de 18 de octubre de 1839, Lettres, t. V, p. 113.*

<sup>13</sup> Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, p. 546.*

<sup>14</sup> La misma carta, p. 547.

noviciados, y daba dos razones para ello: la primera era el peligro que corre el espíritu en un Instituto cuando las personas que hay que formar se encuentran dispersas aquí y allá. Por eso, se oponía a la erección de un noviciado regular en Acey para las Hijas de María, juzgando que bastaba con el de Agen, teniendo en cuenta el número de novicias. Ponía como ejemplo a la Hijas de la Caridad o de San Vicente de Paúl, «que tienen todas un noviciado común, cualquiera que sea la distancia existente del lugar del noviciado a sus mil obras»<sup>15</sup>. La segunda razón era la dificultad encontrar buenos maestros de novicios. Porque, decía<sup>16</sup>, «es un gran tesoro para una Orden religiosa tener uno o dos buenos maestros de novicios. Una Orden degenera pronto y cae en la relajación cuando no puede encontrar personas aptas para esta tarea».

A pesar de estas consideraciones de orden general, el fundador consintió en crear dos noviciados, uno para Alsacia y otro para el Franco Condado, en primer lugar, porque podía contar con un número de sujetos suficiente de novicios para las dos casas, y, en segundo lugar, porque el uso de las dos lenguas en Alsacia creaba necesidades especiales.

A las obras de Alsacia, que eran florecientes a pesar de los acontecimientos políticos, se acababan de agregar otras tres nuevas: las de Soutz, Kaysersberg y Ebermunster. Esta última fue elegida como casa de formación. Se puede decir que estaba predestinada. Antigua abadía de benedictinos, Ebermunster tenía su historia y había sido para Alsacia, durante muchos siglos, un centro de influencia religiosa y civilizadora<sup>17</sup>. La Revolución encontró allí una comunidad regular<sup>18</sup>. La dispersó y respetó su magnífico claustro y su iglesia casi nueva, que dominaba toda la comarca desde sus tres campanarios de cúpulas orientales. Se conservaron los altares, el órgano y las reliquias; sólo las pinturas de las bóvedas fueron encaladas. Todo, menos la iglesia, que se había convertido en iglesia parroquial, y algunas dependencias, estaba en venta en 1830 por la irrisoria suma de treinta mil francos. A pesar de su vivo deseo de comprarlo y repoblar este desierto, el P. Chaminade se veía obligado a renunciar: ¿cómo iba a poder contraer prudentemente nuevos compromisos en el apuro en que se encontraba? La familia Rothéa no pudo resignarse a este sacrificio: compró el monasterio con su propio dinero y lo donó al P. Chaminade. Éste no lo hizo ocupar hasta 1833 dejando abrir un internado. Cuando el fundador recorrió estos amplios claustros y estas magníficas galerías, les asignó su verdadero destino, y escribió a su llegada<sup>19</sup>: «Espero que encontraremos aquí elementos para crear un buen noviciado para Alsacia».

No se equivocaba. Comprobaba la presencia de señales de éxito que le parecían de buen augurio. Escribía<sup>20</sup>: «Si llegamos a ser fuertes en Alsacia es porque hay unión y docilidad». Pronto reconoció también la verdad de lo que los hermanos Rothéa no dejaban de repetirle. Decía Louis<sup>21</sup>: «Yo he creído siempre y sigo creyendo que la divina misericordia tiene planes y proyectos muy especiales para esta provincia de Alsacia».

Se envió a todos los alumnos del internado a Saint-Hippolyte y se dedicó Ebermunster al destino exclusivo de casa de formación. Desde ese momento, esta obra creció rápidamente. Se desarrolló sobre todo a partir del día en que fue confiado a la hábil dirección de un religioso de temple antiguo, François Girardet. El recuerdo de este hombre de Dios, que formó varias generaciones de religiosos, es para la Compañía de María inseparable del de Ebermunster<sup>22</sup>.

En el Franco Condado, el noviciado fue erigido a la sombra de otro monasterio, el de Courtfontaine. Bajo la dirección del P. Léon Meyer, la Compañía de María hizo revivir allí el fervor de los antiguos monjes, aunque en condiciones materiales muy diferentes. Las vocaciones se

<sup>15</sup> Proyecto de carta al P. Bardenet, julio de 1837.

<sup>16</sup> Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, p. 548.*

<sup>17</sup> Se atribuye su fundación al rey Dagoberto. Su nombre de *Aprimonasterium* (monasterio del jabalí) recordaría un accidente de caza en que murió el hijo de ese rey. Una serie ininterrumpida de setenta abades se había sucedido en este monasterio hasta la gran Revolución.

<sup>18</sup> Tenía todavía veintinueve religiosos y cinco novicios. El abad era dom Exubert Hirn.

<sup>19</sup> A Clouzet, 17 de mayo de 1835. *Carta 774, Lettres, t. III, p. 482.*

<sup>20</sup> Al P. Léon Meyer, 20 de abril de 1835. *Error en la fecha: carta 794, de 20 de agosto de 1835, Lettres, t. III, P. 523.*

<sup>21</sup> 23 de febrero de 1838. *AGMAR 27.5.184.*

<sup>22</sup> Este santo religioso dirigió la obra de Ebermunster de 1844 a 1868. En esta fecha fue secretario general de la Compañía de María, y murió el 25 de enero de 1892, rodeado de la veneración de todos sus cohermanos. Era originario de las montañas del Jura.

anunciaban numerosas, pero los recursos eran escasos, el local reducido y pobre. Los comienzos fueron difíciles, a pesar de la inagotable generosidad de la donante del convento, señorita Coudre. El P. Chaminade se esforzaba en sostener los ánimos con palabras de fe. Ya había dicho en parecidas circunstancias<sup>23</sup>: «Nunca una institución tan delicada como el noviciado se hará todo a la vez. Dios ha querido consolarnos presentándonos la gran obra de la creación. Primero no vemos más que un caos. Después sucesivamente vemos que el caos se va desenredando según el admirable plan que Dios se había formado». Al P. Léon Meyer le escribía<sup>24</sup>: «Ánimo, querido hijo; las penas, las tribulaciones, las contradicciones en las obras del Señor son de buen augurio».

Efectivamente, las dificultades se allanaron poco a poco. Al cabo de dos años, el P. Chaminade se felicitaba en estos términos de los resultados obtenidos<sup>25</sup>: «Los dos noviciados de Courtefontaine y de Ebersmunster son mi consuelo y mi esperanza. En los dos hay un gran fervor». Las primicias del primero fueron destinadas a Saint-Claude, ciudad episcopal de monseñor de Chamon, donde hacía tiempo que el prelado llamaba a los Hermanos para la dirección de las escuelas<sup>26</sup>. Ebersmunster, respondiendo a la llamada de monseñor de Jerphanion, envió su primera colonia al otro lado de los Vosgos, a Saint-Dié, en Lorena. No era más que un principio, como veremos más tarde.

Saint-Remy perdía a la vez su escuela normal y su noviciado. Esta disminución pedía una compensación, sobre todo teniendo en cuenta que esta magnífica propiedad ofrecía en adelante recursos bastante considerables, gracias a la paciente e inteligente dirección de Dominique Clouzet. Al fundador le pareció llegada la hora de poner en marcha simultáneamente dos proyectos acariciados desde hacía tiempo. El primero era el que había determinado la aceptación de Saint-Remy. Recordemos que los misioneros diocesanos se proponían hacer un lugar de retiro para los hombres y los jóvenes que, tocados por la gracia de la misión, pensasen en alejarse del mundo para vivir de una vida de oración y de humilde trabajo. Sólo la ausencia de recursos había impedido la realización de esta idea. Había un segundo proyecto, que venía también desde el origen, consistente en hacer de Saint-Remy un centro de formación agrícola y profesional, tanto para los religiosos destinados a las escuelas de artes y oficios y a las escuelas conjuntas como para los jóvenes de la región.

Sobre este último plan, el P. Chaminade decía lo siguiente en 1833<sup>27</sup>: «La Compañía ha abrazado las artes y los oficios desde su origen; es verdad que esta parte ha sufrido quizás más que las otras a causa de las dificultades, de los gastos y de la falta de un jefe para dirigir este trabajo».

Al irse allanando poco a poco estos obstáculos, Clouzet se veía con posibilidades para montar sucesivamente las diversas instalaciones. En Saint-Laurent seguían subsistiendo los talleres, a pesar de la dispersión del noviciado y tenían un jefe hábil en la persona de Jean Seguin. El P. Chaminade consintió, en 1835, en hacerle venir a Saint-Remy con sus obreros. Hizo incluso transportar un aparato de cerrajería<sup>a</sup> que había costado doce mil francos y prestaba grandes servicios<sup>28</sup>.

¿Cuál sería la nueva organización, encaminada a la vez a procurar la santificación de las almas y a formar jefes para las escuelas de artes y oficios? ¿A qué género de vida, a qué reglamentos se verían sujetos los religiosos empleados en esta obra? Este fue el problema que el P. Chaminade se esforzó en resolver durante su estancia en Saint-Remy. Estaba unido a otro problema

<sup>23</sup> Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, pp.548-549.*

<sup>24</sup> 20 de agosto de 1835. *Carta 794, Lettres, t. III, p. 523.*

<sup>25</sup> Al P. Bardenet, 15 de enero de 1837. *Carta 926, Lettres, t. IV, p. 95*

<sup>26</sup> Otra obra había sido fundada, en 1833, en la diócesis de Saint-Claude, en Salins.

<sup>27</sup> Al P. Chevaux, 14 de enero de 1833. *Carta 660, Lettres, t. III, p. 221.*

<sup>a</sup> *En tiempos del P. Chaminade se llamaba "cerrajero" al trabajador del hierro, que tenía además nociones de mecánica. En realidad "el aparato de cerrajería" era un invento muy ingenioso, realizado en Saint-Lauren por Jean Seguin, una especie de malacate de varias toneladas de peso, para usos agrícolas.*

<sup>28</sup> El P. Chaminade a Clouzet, 9 de diciembre de 1830. *Carta inexistente. Del famoso malacate, sin embargo, se habla en muchas cartas de los tomos II y III: Cartas 576; 583; 590; 591; 623; 702; 793.*

más general, el de la coexistencia de los Hermanos obreros con los que entonces en la Compañía de María se llamaban *letrados*<sup>b</sup>.

El P. Chaminade tenía en gran estima las vocaciones al trabajo manual. Decía<sup>29</sup>: «La vocación en general al estado religioso es una gracia de predilección; pero el orden de la Providencia que determina a un sujeto para los trabajos manuales es un favor de predilección, tanto porque aleja más del mundo como porque facilita más la unión con Dios a la que aspiran todos los buenos religiosos»<sup>30</sup>. Pero, en su estancia en Saint-Remy, reconocía que no había establecido todavía la formación más apropiada para esta vocación en la Compañía de María, y que «Dios no se había dignado darle a conocer sus últimas intenciones sobre este tercer cuerpo de la Compañía de María, el de los religiosos obreros»<sup>31</sup>. Sin embargo, se inclinaba por agruparlos entre ellos y a separarlos en la medida de lo posible de los demás religiosos. Escribía a Clouzet<sup>32</sup>: «No creo, querido hijo, que consigáis nunca formar verdaderos religiosos en los obreros sin reunirlos en comunidad regular y un poco aislada». Y persistiendo en estas ideas después de algunos meses de ensayo, decía: «Veo siempre de la misma manera», e impulsaba cada vez más a Clouzet por esta vía.

Dos años más tarde, era muy afirmativo a este respecto y no albergaba ninguna duda. Dice<sup>33</sup>: «Usted sabe que tres clases de personas constituyen el conjunto de la Compañía de María: la clase de los sacerdotes, la clase de los laicos enseñantes, y la clase de los agricultores y otros obreros. Los obreros no deben ser diseminados en las diversas obras, mezclados con las otras clases de religiosos, sino que deben formar comunidades distintas y separadas de toda otra comunidad de la Compañía, que se encontraría en la misma obra... Este tipo de comunidades se parecerá a las primeras comunidades de benedictinos, y se acercará a las de los trapenses, con modificaciones que favorezcan el mantenimiento del fervor, aunque moderando algunas penitencias que, evidentemente, abreviarían la vida y quitarían las fuerzas necesarias para hacer los trabajos. Los que hubieran hecho profesión en estas comunidades no podrían pedir pasar a las otras clases de la Compañía de María; pero si el Superior general creyese delante de Dios que debe tomar a alguno para cumplir otras funciones en las otras clases, ellos tendrían que obedecer»<sup>34</sup>.

Se intentó el ensayo en Saint-Remy y dio resultados satisfactorios. A falta de un local acondicionado para este destino, se había pasado un año tanteando. El P. Chaminade se quejaba en estos términos<sup>35</sup>: «Estoy particularmente afectado por la comunidad de obreros, tal como se la he hecho ver varias veces. No ha llegado todavía el tiempo de su existencia, ¿o quizá no debe existir

---

<sup>b</sup> El francés “*lettrés*” equivale en español a persona “con letras”, es decir con estudios para poder ejercer la docencia.

<sup>29</sup> Al P. Chevaux, 14 de enero de 1833. *En esa carta no está esa cita. Ha sido imposible encontrarla.*

<sup>30</sup> El P. Chaminade se mostró un día severo con un religioso que parecía no estimar los trabajos manuales: «Parece que no sabe que, en la Compañía, no hay condición vil, y que el sujeto dedicado al servicio de sus hermanos es, a mis ojos y a los ojos de la fe, tanto como el que está en la enseñanza. Temo, por lo que se me ha dicho, que en algunas casas no se valore el trabajo de los sirvientes. Es para enrojecer que miembros de una misma Compañía, a quienes se les reconoce en el exterior como tales, sean tratados en el interior como criados. Llamo, querido hijo, toda su atención sobre este enorme abuso. Si se desliza entre nosotros, si impera, estemos seguros de que la bendición de Dios se nos retirará. ¿Con qué ojos vería [Jesús] a religiosos que desprecian a los hermanos que les sirven y que se consideran rebajados de categoría porque pertenecen al mismo cuerpo que ellos? ¿Y la Augusta María se vería honrada con tal orgullo? ... Esforcémonos pues en destruir de entre nosotros ese espíritu, si es que existe» (A Clouzet, 18 de octubre de 1839. *Entresacado de la carta 1179, Lettres, t. V, pp. 114-115. Cita más o menos textual.*)

<sup>31</sup> A Clouzet, 26 de diciembre de 1836. *Carta 920, Lettres, t. IV, p. 81.*

<sup>32</sup> 30 de julio de 1836. *Carta 851, Lettres, t. III, p. 636.*

<sup>33</sup> A Friedblatt, 29 de diciembre de 1838. *Entresacado de la carta 1107, Lettres, t. IV, pp.436-438. Ver también la nota (2) de la p. 436.*

<sup>34</sup> Esta restricción es explicada en los términos siguientes en el artículo 373 de las Constituciones de 1839: «El Superior general, según las necesidades de la Compañía, podrá tomar de las comunidades de obreros, los individuos que crea más aptos para el desempeño de otras funciones, sea para la enseñanza, sea para el servicio de otras comunidades; también puede echar mano de ellos para la enseñanza de la agricultura, de la horticultura y de artes y oficios... Con todo, estos religiosos no sólo están prestos a obedecer a las órdenes del Superior general, sino que no deben nunca pedir su cambio».

<sup>35</sup> Al P. Chevaux, 31 de octubre de 1837. *Carta 1006, Lettres, t. IV, p. 248.*

más que después de mi muerte? Adoremos los planes de Dios en todo, sin querer precipitar nada». Pero él no desesperaba y no perdía ocasión para urgir a Clouzet a realizar «esta hermosa comunidad de obreros que me parece que es tan fuerte en los planes de Dios y en el plan primitivo de la Compañía de María»<sup>36</sup>. Y añadía: «Siento cada vez más cómo esta comunidad respondería a nuestros primeros planes, cómo edificaría la Iglesia en el desgraciado siglo en que vivimos. No hay casi ninguna duda de que esta tercera rama debe extenderse y llegar a ser una ayuda poderosa para sostener a las otras dos ramas, como, a su vez, las dos primeras sostendrían esta tercera».

Clouzet puso mucho empeño en realizar la idea del fundador cuando la fusión de los internados primario y secundario y su traslado a los edificios del castillo dejaron disponibles los locales de uno de ellos. Le decía el P. Chaminade al comienzo de 1838<sup>37</sup>: «Su buena voluntad, querido hijo, me llena de consuelo. No dudo de la prosperidad de la tercera clase o rama de la Compañía». Todo fue a mejor. No faltaron las vocaciones y Clouzet pudo formar sucesivamente hasta diez talleres, y constituir por fin la comunidad tan deseada por el fundador. Cuando hizo sus pruebas, el P. Chaminade le dio, en noviembre de 1838, su reglamento especial. Sacamos de una carta del fundador a Clouzet el siguiente párrafo en que se define el espíritu de esta regla<sup>38</sup>: «La comunidad de los obreros está sometida al plan general de la Compañía, y especialmente a sus reglamentos generales; la diferencia está en que ella puede entrar mejor en el espíritu de la regla de San Benito, que la Compañía entera quiere seguir. Los religiosos obreros pueden cumplir mejor la penitencia impuesta a Adán y a su posteridad: comeréis el pan con el sudor de la frente. Pueden vivir en un mayor recogimiento, en un mayor silencio<sup>39</sup>, en una pobreza mayor, en una mayor unión y caridad fraternales. Su vida es casi enteramente solitaria. Deben encontrar en su trabajo el medio para cubrir todas sus necesidades de la vida e incluso para hacer limosna».

El fervor de estos buenos Hermanos respondió a las expectativas de su padre, que recibía de ellos noticias edificantes como ésta<sup>40</sup>: «Nuestra comunidad de obreros va muy bien, hay incluso un buen número de ellos que quisieran ir demasiado lejos en la mortificación. En general no se bebe casi vino; se come un tercio de pan menos que el año pasado; hay quienes no comen nada de carne y otros que han ayunado en Adviento, pero yo no se lo permito más que a aquellos que pueden hacerlo sin peligro. Hay quienes se levantan por la noche para hacer una visita al Santísimo Sacramento. El P. Chevaux ya se lo había permitido; yo he creído deber continuar el permiso, a condición de que no estén más de un cuarto de hora y que esto no perjudique a los ejercicios de regla». Un poco inquieto y temeroso de que hubiese alguna coacción en esta generosidad, el P. Chaminade manifestó su inquietud a Clouzet, que le tranquilizó así<sup>41</sup>: «Sin duda me he explicado mal en el asunto de la mortificación en la comunidad de los obreros. Esta mortificación es completamente voluntaria. Yo hago servir como de ordinario y el pan está siempre a discreción».

La «pequeña Trapa», como le llamaba a veces Clouzet, procuró al fundador muchos consuelos. La puso bajo el patrocinio de san José y la rodeó de cuidados especiales. Sobre todo, dedicaba su atención y solicitud a los jefes de talleres, porque, según decía él<sup>42</sup>, si cumplen con su deber, «mantendrán a la comunidad en un gran fervor; se formarán incluso santos, cuyo ejemplo tendrá una repercusión muy beneficiosa».

Esta nueva creación no iba a tardar en extenderse. El P. Bardenet, siempre en busca de progresos para el Instituto de María en el Franco Condado, le había conseguido otra propiedad

<sup>36</sup> A Clouzet, 23 de diciembre de 1837. *Carta 1016, Lettres, t. IV, p. 261.*

<sup>37</sup> 3 de febrero de 1838. *Carta 1028, Lettres, t. IV, p. 280.* Pensaba también hacer de Saint-Remy un lugar de retiro para los Hermanos de edad: «Habrà una comunidad distinta para todos los ancianos o enfermos de la Compañía, en la que la regla será mitigada y donde todos tendrán las ayudas necesarias. Estoy viendo este asunto en este momento» (A Clouzet, 20 de noviembre de 1837. *Error en el destinatario: es al P. Chevaux. Carta 1010, Lettres, t. IV, pp. 255-256.*)

<sup>38</sup> A Clouzet, 14 de noviembre de 1838. *Carta 1088, Lettres, t. IV, pp. 399-400.*

<sup>39</sup> «La clase de los obreros no tiene recreo propiamente dicho después de las comidas; sus obras respectivas son un recreo suficiente. A veces pueden tener más necesidad de descanso que de recreo: por ejemplo, cuando hace mucho calor o cuando los trabajos exigen adelantar la hora de levantarse» (Art. 377 de las Constituciones de 1839).

<sup>40</sup> Clouzet al P. Chaminade, 23 de diciembre de 1838. *AGMAR 27.6.353.*

<sup>41</sup> 1 de febrero de 1839. *AGMAR 28.1.384.*

<sup>42</sup> A Clouzet, 12 de febrero de 1839. *Carta 1117, Lettres, t. IV, p. 452.*

agrícola, antiguo priorato de canónigos regulares, como Courtefontaine, pero situado en el departamento de la Haute-Saône, en el pueblo de Marast, cerca de Villersexel<sup>43</sup>. Se abrió un internado, pero cuando «la tercera rama» de la Compañía estuvo organizada, se constituyó también una comunidad agrícola. A pesar del incendio que, en 1838, destruyó una parte de los edificios, la obra prosperó e incluso pudo albergar a los sacerdotes españoles que, en esta época, se refugiaron en el Franco Condado, tras la derrota de los carlistas. El P. Chaminade estaba contento de prestarles este servicio. Escribía a este respecto a Clouzet<sup>44</sup>: «Usted se prestará a todo, querido hijo, con la mayor generosidad del mundo: es muy justo que devolvamos a un clero desdichado la hospitalidad que nos dispensó con tanta generosidad». Saint-Remy y Courtefontaine les alojaron también durante algún tiempo.

La organización de los Hermanos obreros se completó con la creación de un noviciado especialmente destinado a su formación y confiado a un hombre de Dios, el P. Chevaux<sup>45</sup>, cuya gran modestia y austeridad mayor todavía concordaban bien con esta importante función. Originario del mismo pueblo de Jouhe, al pie del monte Roland, que en 1823 había enviado los dos primeros postulantes a Saint-Remy, el joven Chevaux se presentó pidiendo el favor de ser admitido para barrer la casa. Al cabo de algunos meses se pudo percibir que había recibido una formación completa y que incluso había acabado su teología en el Seminario de Besançon. La obediencia le llevó al sacerdocio. Se emparó más que nadie del espíritu del fundador, que por su parte le manifestó una marcada predilección y le condujo por las sendas de la perfección. Una salud muy delicada exigía cuidados que repugnaban al espíritu de mortificación del joven sacerdote. El P. Chaminade le obligó a moderar su austeridad y le dirigió estas notables palabras: «No cuide su salud por usted, sino porque Dios se lo ordena en su extrema bondad, o más bien, en su extrema misericordia: *adhuc longa via restat tibi*». Efectivamente, este cuerpo agotado sostuvo una larga carrera, llena de trabajos continuos. El P. Chevaux fue el tercer Superior general y murió el 27 de diciembre de 1875, cuando iba camino de cumplir los ochenta años.

El noviciado de los Hermanos obreros, establecido junto a la comunidad de San José en Saint-Remy, edificaba a toda la casa. Según el P. Chaminade, era una «verdadera pequeña Tebaida»<sup>46</sup>. Rivalizaba en fervor con los dos noviciados de Courtefontaine y Ebersmunster, destinados a los religiosos enseñantes, y con el la Madeleine en Burdeos, donde seguían formándose, aunque en pequeño número, los eclesiásticos de la Compañía<sup>47</sup>.

Antes de abandonar estas regiones, el P. Chaminade puso en orden los asuntos temporales en los que estaba implicado, porque tenía el presentimiento de que este viaje sería el último. Al dirigirse a Acey para abrazar al P. Bardenet, dice explícitamente que ésta sería «la última vez»<sup>48</sup>. La propiedad de Saint-Remy había sido adquirida en su nombre, y la hizo poner a nombre de dos de sus hijos. Interesó también a sus hijos del Norte en la situación financiera inquietante del Midi. El «agujero» no se llenaba, a pesar de una amortización anual de doce a quince mil francos que se debía a las sabias medidas económicas tomadas por Clouzet. El P. Lalanne en Burdeos no era el hombre adecuado para conjurar el peligro. Abandonado a su suerte, gastaba sin medida, y lo que entraba por un lado salía por otro. Esta situación llegó a ser todavía más crítica después de una operación excelente en sí misma pero realizada con poca prudencia. Queremos hablar del traslado del colegio Sainte-Marie de Burdeos a Layrac.

En el hotel Razac, el P. Lalanne se encontraba con poco espacio. Su reputación y su habilidad habían poblado su casa más de lo que podía contener. Deseaba un local más grande. Pero

<sup>43</sup> El antiguo priorato de Marast sirvió durante algún tiempo de seminario menor a la diócesis de Besançon, y después fue dejado por Luxeuil. Entonces lo compró el P. Bardenet.

<sup>44</sup> 1 de septiembre de 1840. *Carta 1217, Lettres, t. V, p. 204*. En Burdeos mismo, el P. Chaminade se esforzaba en serles útil. Durante tiempo la ciudad estuvo llena de sacerdotes españoles que decían las misas de horas tardías, como los franceses habían hecho en España. El arzobispo de Zaragoza, monseñor Bernardo Caballero, refugiado también en Burdeos, murió allí en diciembre de 1843.

<sup>45</sup> Jean Chevaux nació el 4 de septiembre de 1796 y entró en Saint-Remy el 9 de octubre de 1825.

<sup>46</sup> La expresión es referida por el P. Rothéa al P. Chevaux, 1 de enero de 1839.

<sup>47</sup> En 1865, una animadversión de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares ordenó a los Superiores de la Compañía de María establecer noviciados comunes a las tres ramas que componen la Compañía.

<sup>48</sup> Carta de Perrodin, 14 de abril de 1836.

deseaba todavía más salir de Burdeos, porque estaba convencido de que, a pesar de sus gestiones, no conseguiría nunca del ministro para su colegio el privilegio de «pleno ejercicio», mientras estuviese en una ciudad dotada de colegio real. En el campo, se podía esperar ese favor y, al mismo tiempo, retomar los planes de educación ensayados en Saint-Remy.

En la primavera de 1835, el señor Dardy, aquel antiguo amigo de la Compañía que había trabajado para la fundación de la escuela de Agen en 1820, propuso al P. Chaminade la compra, en condiciones muy asequibles, de la antigua abadía de Layrac, en los alrededores de Agen. Decía<sup>49</sup>: «En manos del P. Lalanne, Layrac se convertirá en otra Sorèze»<sup>50</sup>.

El P. Chaminade, que estaba entonces en Alsacia, comprendió las ventajas del traslado, pero, desconfiando del P. Lalanne y no queriendo tomar una decisión a esa distancia, dejó el asunto en manos de su consejo reunido en Burdeos, ordenándole, en caso de aceptación, no hacer más gastos de reparación que los «estrictamente indispensables». No fue escuchado. El P. Lalanne se entusiasmó con la idea, precipitó la compra e hizo transformaciones superfluas<sup>51</sup>. Al P. Chaminade, que le pedía cuentas, le respondió con una desenvoltura increíble<sup>52</sup>: «Dénos su bendición a nosotros y a nuestros pasos. En la situación actual de las cosas, estamos obligados a ir un poco por nosotros mismos. Pero esté tranquilo, tenemos uso de razón, y Dios, que ve la rectitud y la pureza de nuestros corazones, no nos negará su asistencia».

Se comprende que este lenguaje no podía tranquilizar al prudente fundador. Impuso al P. Lalanne un ecónomo con instrucciones rigurosas. Pero este religioso, Mémain, no era un hombre que pudiese parar a este director de concepciones grandiosas. Y menos todavía cuando el éxito, que había seguido al P. Lalanne en Layrac, le embriagaba y le hacía sordo a todas las observaciones sugeridas por la prudencia. Layrac adquirió en poco tiempo la fama que había tenido Saint-Remy. La educación se daba según los mismos principios, aunque con más lujo, y las mejores familias del país se apresuraron a colocar allí a sus hijos. Pero la caja permanecía vacía: el P. Lalanne no sabía retener nada. Sin embargo, no le faltaron las advertencias y amonestaciones paternas. Él las acogía con ocurrencias como ésta<sup>53</sup>: «Una vez lanzado, las circunstancias no me han permitido pararme. El tiempo es un anciano, y sin embrago a menudo va demasiado rápido: hay otros que van demasiado lentamente».

Estas impertinencias no agotaron la mansedumbre y, menos todavía, la sabia firmeza del fundador. Redobló sus advertencias, y cuando, al comienzo del año 1836, se dio cuenta de que el P. Lalanne se encontraba en la imposibilidad de saldar lo atrasado de Burdeos, exigió imperiosamente la rendición de cuentas. Se debía a sí mismo y debía a la Compañía hablar claro, para cubrir su propia responsabilidad y la de la Compañía. Le escribió desde Saint-Remy<sup>54</sup>: «Desde hace ya varios años, tanto aquí como en Burdeos, salvo el corto intervalo de su arrepentimiento, usted cuestionaba siempre la dependencia que debía tener respecto al Superior general el Superior de una obra particular. Usted tiene planes para cuya ejecución le parece necesaria la independencia: ¡pero eso es contrario al espíritu religioso, no sólo de la Compañía de María sino de todas las órdenes religiosas! ¿Es al precio del escándalo como piensa usted realizar los grandes planes que ha concebido?».

Efectivamente, el P. Lalanne, exaltado por el éxito e irritado por el obstáculo que continuamente le interceptaba, pensaba nada menos que en intentar de nuevo el cisma que ya ideó en Saint-Remy. Se jactaba «de recoger todas las ruinas de la Compañía si ella se hundiese»<sup>55</sup>. Sin turbarse por estas amenazas, el P. Chaminade se contentó con hacer alusión a ello en estas palabras de una de sus cartas<sup>56</sup>: «Aunque usted me llame todavía Padre suyo, parece decir que es la última vez. David conservó siempre los sentimientos de ternura paternal para con Absalón, aunque éste estuviese en guerra abierta contra él y le hubiese obligado a bajar de su trono para detenerlo».

<sup>49</sup> Abril de 1835. *AGMAR* 27.2.11.

<sup>50</sup> Sorèze era célebre mucho antes de que el P. Lacordaire tomase su dirección. En el P. Cocarne, *Vie du P. Lacordaire*, II, p. 244 y ss., se puede encontrar una reseña histórica de este centro.

<sup>51</sup> Reconocía a Clouzet que «hacia las reparaciones a lo grande», 31 de julio de 1835.

<sup>52</sup> 31 de julio de 1835. *AGMAR* 27.2.23

<sup>53</sup> 12 de agosto de 1835. *AGMAR* 27.2.24.

<sup>54</sup> 20 de enero de 1836. *Carta 818, Lettres, t. III, pp.563-564.*

<sup>55</sup> Cf. carta del P. Chaminade al P. Lalanne, 6 de febrero de 1836. *Carta 820, Lettres, t. III, p. 575.*

<sup>56</sup> 6 de febrero de 1836. *Ibidem, p. 576*



Tras algunas oscilaciones hacia el lado de la revuelta, el P. Lalanne tomó la decisión que le dictaban tanto su fe viva como su profundo afecto al P. Chaminade: cedió, rindió cuentas, y, para hacer olvidar su falta, multiplicó las muestras de ternura hacia su buen Padre y le rogó que viniera lo antes posible a Layrac. Le escribía el 24 de marzo de 1836<sup>c</sup>: «Venga y, cuando usted esté aquí, será mi vigilante y mi guía. Al tomar posesión de su obra más bonita, recibirá la entera y definitiva sumisión del que desde hace mucho tiempo usted no llama hijo suyo más que con amargura. Días apacibles y serenos y algunos momentos de reposo antes del sueño le serán reservados bajo el mismo cielo (del Midi) que vio la inocencia y la piedad de sus primeros días. Venga y no tarde más, la estación es favorable, su apartamento va a estar acabado; todos sus amigos le invitan; que yo pueda pronto echarme en sus brazos y manifestarle el afecto y la rectitud de mi corazón».

Esa era también la intención del P. Chaminade. Las cuentas que el P. Lalanne le había presentado no eran tranquilizadoras. En cuanto terminó los asuntos que le retenían en el Norte, volvió a tomar el camino de Agen por Lyon y Toulouse.

El 22 de mayo bajó a las Hijas de María y sin demora avisó al P. Lalanne de su intención a ir a Layrac, pero a condición de que antes el P. Lalanne le diese una muestra de su buena voluntad suscribiendo una nota en que se regulaban los derechos y relaciones recíprocas del director y el ecónomo de la casa. El P. Lalanne dudó un día, después acudió a Agen, se echó a los pies de su padre, y le aseguró su completa obediencia y su sumisión sin reservas. El P. Chaminade le levantó y le acompañó a Layrac.

Al sondear la llaga, la encontró más profunda de lo que temía. ¿Cómo hacer frente a una nueva deuda de cien mil francos, que se añadía a la de Burdeos que era de una cantidad por lo menos igual? Viendo el terrible apuro del P. Chaminade, el P. Lalanne expuso una solución que estaba dictada a la vez por su generosidad y por su amor a la independencia. Propuso tomar sobre sus propias espaldas la responsabilidad de la obra. Sería su asunto personal y no de la Compañía. Cargas e ingresos corresponderían al P. Lalanne hasta el día en que, decía él, pudiese devolver a la Compañía la casa en un estado floreciente.

El P. Chaminade aceptó esta solución, porque no veía otra mejor: preservaba a la Compañía de una ruina segura e inminente. Además tenía la esperanza de que el P. Lalanne, haciéndose más sensato y prudente por la responsabilidad personal que iba a asumir, ganaría con esta experiencia. (Julio 1836)

Arreglado este asunto, el P. Chaminade se puso a trabajar en la última creación destinada a completar el conjunto de sus obras. Queremos hablar de la Tercera Orden de las Hijas de María. El relato de esta fundación será el objeto del capítulo siguiente.

## Capítulo 35: La Tercera Orden de las Hijas de María (1836)

El P. Chaminade había esperado veinte años para cumplir su misión de fundador. Esperó otros veinte para acabarla. Siempre lo hemos conocido como enemigo de esa precipitación, de ese apresuramiento irreflexivo que san Agustín compara «a una sirvienta peligrosa, siempre con prisas, siempre inclinada a adelantarse a la voluntad de su señora»<sup>57</sup>. En su último viaje al Norte acababa de organizar lo que él llamaba la tercera rama de la Compañía de María, es decir las comunidades de Hermanos obreros. Quedaba ahora por dotar al Instituto de las Hijas de María con un complemento cuya utilidad había sido reconocida desde los comienzos de la fundación.

<sup>c</sup> En una carta del 25 de marzo de 1836, AGMAR 27.2.78, Lalanne habla de la venida de Chaminade a Layrac, pero no está esa cita. Recorriendo las otras cartas de Lalanne en este período no se encuentra.

<sup>57</sup> Periculosa pedisequa praeire conatur. *Confes.*, X, c. XXXI. Esta cita está mal transcrita y mal traída. La cita completa es así: “Cum salus sit causa edendi ac bibendi, adiungit se tamquam pedisequa periculosa iucunditas, et plerumque praeire conatur, ut eius causa fiat, quod salutis causa me facere vel dico vel volo”. San Agustín dice que se come y se bebe por necesidad de la salud y, por eso, se les ha añadido un goce peligroso que lo acompaña; y muchas veces el goce se adelanta de tal modo que se convierte en el motivo de lo que digo o quiero hacer por necesidad de la salud. Está claro que no habla de la “precipitación” sino del goce peligroso que acompaña al comer o al beber.

Efectivamente, el Instituto presentaba una laguna. La clausura y sus exigencias prohibían a las Hijas de María el apostolado del campo. Pero entonces restringir su acción a las grandes ciudades era aminorar el fin que se habían propuesto y quitarles una parte de la influencia que tenían derecho a pretender por su misión. El P. Chaminade y la Madre de Trenquelléon estaban de acuerdo en este punto, y los dos acechaban en cierta manera, la hora de la Providencia para llenar esta laguna con los medios que les fuesen sugeridos de lo alto. La fundadora era tan ardiente en esos deseos que ella misma, como se podrá recordar, primero se había dedicado a este apostolado en el campo y había pensado en un principio consagrar a él su vida.

Una Tercera Orden secular se había fundado en Agen y en Tonneins en 1817 y 1820. Las personas que la componían, aun permaneciendo en el mundo, perseguían el fin común del Instituto, el apostolado, y solicitaban, según el tiempo de que disponían, «encargos de misión» para los que recibían verdaderas cartas de obediencia<sup>58</sup>. Esta Tercera Orden ¿no sería el instrumento llamado a suplir al Instituto en las campiñas? La Madre de Trenquelléon se inclinaba a creerlo. Escribía a Tonneins el 12 de octubre de 1821<sup>59</sup>: «Me gustaría que el P. Larribeau se encargara de la dirección de las Hermanas de la Tercera Orden; serviría para el bien de la obra. Si está bien dirigida, ¡cuánto bien puede hacer la Tercera Orden! ¡Deseo tanto que esta pequeña semilla produzca un árbol frondoso que pueda extender su sombra en los campos! La creo destinada a realizar la obra del Instituto en las queridas aldeas. La tercera Orden es una rama del Instituto. Y el Instituto debe ir tras las huellas del divino Salvador que iba por ciudades y campos. Díselo a nuestra querida hija Dosithée»<sup>60</sup>.

No se podía expresar mejor, y el P. Chaminade compartía completamente los puntos de vista de su colaboradora. Pero se daba cuenta de las grandes dificultades de la empresa. La Tercera Orden secular, tal como estaba constituida, podría sin duda encargarse de alguna obra en la campiña, y de hecho se encargaba. Pero ¿cómo dar a estas obras regularidad y estabilidad? Sólo se podrían esperar resultados duraderos de personas desprendidas de sus ocupaciones temporales y sometidas a una regla uniforme, en otros términos de una Tercera Orden regular agrupada en comunidades. Esa era la convicción del P. Chaminade. Aquí estaba también el punto delicado y, en principio, el fundador no tenía a este respecto ninguna idea establecida. Entreveía dificultades de ejecución que, más que nunca, le inclinaban a esperar pacientemente las luces de lo alto. Estas dudas e incertidumbres se manifiestan en una de sus cartas a la fundadora, donde se expresa de la manera siguiente<sup>61</sup>: «La Tercera Orden ¿podría proporcionar personas para llevar las escuelas en estos lugares pequeños? Yo así lo creo y hace varios años que lo deseo. Pero hay que tomar muchas precauciones y, a pesar de mi buena voluntad, no puedo ocuparme todavía de ello. Al pasar por Marmande, un párroco vino a ofrecerme un local, jardines, algunos ingresos y una persona apta para una obra así en su parroquia. Le he dado esperanzas, pero no he hecho nada todavía. Veremos, cuando sea tiempo, de qué manera podemos formar estas obras. Es más difícil de lo que parece a primera vista, cuando se quiere que las cosas vayan bien. Hay diez clases de Hijas de la Providencia que se ocupan de esta clase de obras. Siempre degeneran. Las que ha refundado el P. Mertian en Alsacia y para Alsacia parece que son las únicas que van pasablemente bien».

Precisamente en esta época se planteaba la fusión de las Hijas de la Providencia del P. Mertian con las Hijas de María. ¿Podría ser esta fusión la solución del problema? Extendiendo el campo de acción de las Hijas de la Providencia más allá de su provincia de origen, ¿se podría encargarles de cumplir, en el espíritu del Instituto de María, la parte de la misión de las Hijas de María a la que su clausura les impedía llegar? Las Hijas de María conservarían la dirección general y el cuidado de la formación, y las Hijas de la Providencia recibirían de ellas su impulso, serían como la prolongación de su propia acción y en cierta manera una de sus ramas. Dice el P. Chaminade al P. Mertian explicando su plan<sup>62</sup>: «Vea delante de Dios si, sin cambiar nada de las Constituciones de unas y otras, no podría haber una alianza y dependencia reales. Las Hijas de

<sup>58</sup> Era el caso de la señora Belloc que iba a erigir congregaciones, y que contribuía en el mismo Burdeos a los retiros de las Damas.

<sup>59</sup> A la Madre Teresa. *Entresacado de la carta 458.4-5, ABT, v. II, p. 244.*

<sup>60</sup> Especialmente encargada de la Tercera Orden.

<sup>61</sup> 24 de septiembre de 1822. *Entresacado de la carta 211, Lettres, t. I, p. 365.*

<sup>62</sup> 17 de diciembre de 1821. *Carta 184, Lettres, t. I, p. 313*

María, por ejemplo, educarían, formarían, gobernarían, retirarían y enviarían a las Hermanas de la Providencia, de acuerdo siempre con la Superiora y el Visitador». Así se conseguiría el fin de ambas.

No duró mucho tiempo este proyecto de fusión. Por una parte, los fundadores estaban en desacuerdo sobre puntos esenciales, en particular sobre la cuestión del envío de una Hermana sola o de dos a localidades pequeñas. El P. Chaminade no lo aceptaba para ellas como tampoco lo aceptaba para los Hermanos. Por otra parte, el P. Mertian quería conservar para las Hermanas de la Providencia su misión regional y no extenderla fuera de Alsacia. Se abandonó el asunto, sin que el P. Chaminade renunciase sin embargo a la idea de fundar, si el cielo le daba la orden y los medios, una Tercera Orden concebida según el plan que había expuesto al P. Mertian. Sus intenciones persistentes sobre este punto nos son reveladas por algunas líneas de la correspondencia de Adela de Trenquelléon a finales del año 1822. Escribe a Tonneins<sup>63</sup>: «¿Cómo va la Tercera Orden? El P. Mouran nos dijo que el Buen Padre tiene grandes miras sobre esta sección del Instituto. Cultivemos bien esta viña preciosa. Formémosla en una firme virtud, edificada sobre el cimiento de una verdadera humildad y de una entera obediencia».

En 1825, uno de esos sacerdotes abnegados que intentaban crear comunidades de Hermanos y de Hermanas para las zonas rurales pidió la ayuda del P. Chaminade y recibió de él la siguiente respuesta en lo que concierne a las Hermanas<sup>64</sup>: «Sus obras de chicas en las campiñas me agradarían mucho si estuviesen mejor constituidas, si tuviesen fundamentos más profundos, si estuviesen unidas a otras obras capaces de sostenerlas. Ayer, por ejemplo, yo adopté una creada en Montfort, diócesis de Auch; pero la adopté sólo a condición de que se formase una comunidad de la Tercera Orden regular del Instituto de María, que estaría siempre subordinada a sus superiores y dependería de la Hijas de María. Sin estas precauciones de sabiduría, usted corre el riesgo de no hacer nada sólido».

Así pues, perseveraba en su proyecto e incluso daba por descontada su realización próxima. Desgraciadamente la fundación preparada en Montfort por las señoritas Silhères, hijas de un abogado de esa ciudad, encontró diversos obstáculos. Es verdad que las directoras entraron en el Instituto, pero su obra quedó en suspenso durante los años 1826 y 1827 y terminó abortando. Hasta el final la Madre de Trenquelléon había esperado ver con sus ojos el cumplimiento de uno de sus deseos más queridos. Esa satisfacción le fue negada, último sacrificio añadido a tantos otros y cuyo premio iba a recoger sin duda esta Tercera Orden que ella había deseado tan vivamente.

Sin dejarse desalentar por los fracasos anteriores, el P. Chaminade mantenía siempre su mirada puesta en esta diócesis de Auch, de donde le venía la esperanza. Como si quisiese adelantar el momento en que daría a la memoria de su colaboradora esta prueba de fidelidad a su misión común, pocos meses después de la muerte de la Madre Trenquelléon escribía a la que la reemplazaba<sup>65</sup>: «Si usted encuentra algunas personas que le parecen buenas, podría inscribirlas con sus notas particulares. Se vería si pueden formar parte de la Tercera Orden regular de las Hijas de María». Le llegaron nuevas propuestas y desembocaron, en junio de 1830, en la aceptación de una primera fundación en el pueblo de Barran de esta misma diócesis de Auch. Todo iba a concluirse con ocasión de la visita que se proponía hacer al «país alto»<sup>66</sup>. No contaba con los acontecimientos políticos. Su viaje tuvo lugar, pero a finales de julio tuvo conocimiento en Agen de la revolución que acababa de derrocar el trono de Carlos X y se creyó obligado a volver inmediatamente a Burdeos. La fundación de la Tercera Orden era obstaculizada una vez más.

El P. Chaminade no era un hombre que se desanimase. El tiempo sido siempre uno de sus más poderosos auxiliares en la ejecución de los planes de Dios. Efectivamente, seis años después de su último fracaso, el fundador veía su larga perseverancia coronada por el éxito y sus presentimientos justificados: se creaba la Tercera Orden en esta diócesis de Auch hacia la que se habían vuelto siempre su deseo y su pensamiento.

<sup>63</sup> A la Madre Dosithée, 12 de diciembre de 1822. *Carta 478.4, ABT, v. II, p. 273.*

<sup>64</sup> Al P. Perrey del Franco Condado, 5 de enero de 1825. *Carta 319, Lettres, t. I, pp. 631-632.*

<sup>65</sup> A la Madre San Vicente, 27 de mayo de 1828. *Carta 460, Lettres, t. II, p. 327.*

<sup>66</sup> «Podría tratar el asunto en Agen con la Superiora general, y preparar las Constituciones y reglamentos para nuestras religiosas de Barran». Al P. Barrère, párroco de Barran, 25 de junio de 1830. *Carta 529, Lettres, t. II, p. 488.*

El P. Chaminade estaba en relación con varios sacerdotes de Auch, pero estaba particularmente unido a uno de los directores del Seminario mayor, el P. Chevallier<sup>67</sup>. Sacerdote de mérito excepcional, el P. Chevallier era el hombre de todas las buenas obras. Misionero infatigable, apóstol de la devoción al Via Crucis, después de la Propagación de la fe, contribuyó a la introducción de la Congregación en la ciudad y en el Seminario mayor, de acuerdo con su cohermano, el P. Larrieu. Amigo personal del P. Chaminade, desde que este último frecuentaba la ciudad de Auch, estrechó sus lazos con él por la Congregación y le tenía en muy alta estima.

Entre las diversas comunidades cuya dirección fue confiada al P. Chevallier, había una que trabajaba en lo que se llamaba Casa de Socorro, que era la casa de dementes del departamento. En realidad, las piadosas mujeres que se entregaban a este sacrificado servicio no formaban propiamente una comunidad, puesto que no tenían ni regla, ni hábito, ni votos, ni nada que les uniera unas a otras, salvo su dedicación a una obra común. Pero sentían la necesidad de estrechar sus lazos y apremiaban al P. Chevallier a que les redactase unas reglas. El P. Chevallier no quiso, y, acordándose de las intenciones del P. Chaminade respecto a la creación de una Tercera Orden de las Hijas de María, propuso a sus hijas de la Casa del Socorro como primeros elementos de la nueva fundación. El cardenal d'Isoard, arzobispo de Auch, aprobó sin reservas los actos del P. Chevallier y autorizó de antemano al P. Chaminade a proceder, según su buen juicio, como creyese más conveniente.

El fundador no se apresuró a aceptar este proyecto, pero presentía que llegaba al término de su empresa y, con esa idea y para visitar Layrac, volvió al Midi en la primavera de 1836. A finales de junio, tras una primera entrevista con el P. Lalanne, se trasladó a Auch para hablar tanto con el cardenal d'Isoard y con el P. Chevallier como con las propias interesadas. En los primeros encontró ánimos y en las segundas una buena voluntad sin reservas: no tenían más que un deseo, llegar a ser Hijas de María y ya el P. Chevallier les había inculcado el espíritu del Instituto. El P. Chaminade comprobó que incluso las postulantes constituían un número lo suficientemente grande como para permitirle enviar pronto a algunas de ellas a la obra de los campos.

Fue a Agen para hacer las últimas gestiones con la Superiora de las Hijas de María, después volvió a Auch, donde la resolución de los asuntos se retrasó algunos días por la terrible catástrofe del 24 de agosto de 1836. Un ciclón se abatió sobre la región y el Gers, desmesuradamente hinchado por lluvias torrenciales, salió de su lecho y arrasó la parte baja de la ciudad y las campiñas de alrededor. Escribía el P. Chaminade<sup>68</sup>: «Este desastre fue horrible, espantoso. Yo no he sufrido nada personalmente. Las pérdidas y los estragos suman más de dos millones para la ciudad y para los alrededores. No hablo de muertos y ahogados. Las pérdidas de la Casa departamental del Socorro, dirigida hoy por las Hijas de María, han sido estimadas en 30.000 francos. La casa del noviciado, que les pertenece en propiedad, sólo ha perdido todas sus cosechas de la huerta, que eran considerables».

El 1 de septiembre fue firmada por el cardenal y el fundador el acta de afiliación que colocaba la fundación «bajo la administración general de las Hijas de María y bajo la jurisdicción y protección de Su Eminencia el cardenal d'Isoard y de los arzobispos de Auch, sus sucesores»<sup>a</sup>. Enseguida el P. Chaminade le dio reglamentos adecuados a su fin. En cuanto al gobierno de la nueva rama de las Hijas de María, le fue confiada a una religiosa de la gran Orden, la Madre Leocadia, entonces superiora de la casa de Acey. Se abrió inmediatamente un noviciado en un inmueble comprado por el P. Chevallier, frente a la Casa del Socorro, y acudieron numerosas postulantes.

Cuando volvió a Burdeos, el P. Chaminade siguió velando con cuidado extremo por su nueva fundación. Estaba al corriente de todo lo que pasaba, asegurándose por correspondencia, y mejor todavía por una visita anual, de que a las postulantes se les inculcaba el verdadero espíritu del Instituto de María. En 1837 tuvo la alegría de recibir los votos de las primeras religiosas y de ver que numerosos párrocos de Gers le dirigían peticiones de escuelas.

---

<sup>67</sup> Louis-Antoine Chevallier, nacido el 12 de septiembre de 1800 en Avensac, sacerdote en 1823, fue sucesivamente profesor de filosofía, luego de teología en el Seminario mayor, canónigo, vicario general y superior del Seminario mayor a partir de 1840. Murió en 1875.

<sup>68</sup> A Clouzet, 11 de octubre de 1836. *Entresacado de la carta 880, Lettres, t. IV, p. 27.*

<sup>a</sup> *Carta 866, Lettres, t. III, p. 652.*

Pero a pesar del estado floreciente del noviciado, que pronto tuvo que agrandarse, porque había poco espacio para el número de novicias, no se apresuraba en satisfacer las peticiones que le venían de todas partes. Escribía a Clouzet hablando de la Tercera Orden de Auch<sup>69</sup>: «No quiero que salga nadie que no haya sido suficientemente formada». Era una medida sensata, conforme a todos sus principios, que quizás no había sido muy aplicada en sus otras fundaciones. En ésta se aplicó rigurosamente. Durante los tres primeros años, el P. Chaminade no aceptó más que una sola fundación fuera de la Casa del Socorro. Era la de Barran, prometida desde 1830 y realizada por fin en 1837.

Pero a partir de 1839, las fundaciones se sucedieron rápidamente: las de Pavie, Cazaubon y Fleurance en 1839, las de Montréal y Aux en 1840, etc.. Cada año se fundaron una o varias hasta la muerte del fundador. No tardaron en pasar los límites de la diócesis de Auch: en 1849, la tercera Orden se implantó en la diócesis de Agen, en Bon-Encontre. En 1840, había estado a punto de establecerse en Córcega, pero al final la fundación correspondió a las Hijas de María de Agen.

El obispo de Ajaccio, monseñor Casanelli d'Istria<sup>70</sup>, era un antiguo vicario general de Auch y protector de la Orden naciente. Había presidido la primera toma de hábito, y en esta ocasión había hecho prometer al fundador que enviaría Hijas de María a Córcega. Encargado desde hacía pocos años de su diócesis de origen, había constatado allí unas necesidades espirituales muy urgentes. El clero era en todas partes insuficiente y de una cultura más que rudimentaria. La ignorancia del pueblo de la campiña era lamentable y, a pesar de una fe muy viva, la religión no consistía más que en prácticas exteriores. Queriendo remediar este estado de cosas, el nuevo obispo se apresuró a traer religiosos y religiosas a su diócesis. A monseñor de Mazenod le pidió los oblatos de María, del P. Chaminade quiso conseguir las Hijas de María. Habían pasado dos años desde la primera toma de hábito y ninguna religiosa de Auch aparecía en Córcega. El obispo se quejó amablemente al P. Chaminade y le recordó sus derechos que pensaba que no debía abandonar<sup>71</sup>. El fundador le preparó para el verano de 1840 una comunidad sacada de la Tercera Orden, pero puso al frente una superiora tomada de las Hijas de María de Agen. Pensaba que la fundación de Auch era demasiado reciente para confiarle a ella sola una misión tan lejana y tan difícil. El P. Chevallier acompañó a las religiosas y las instaló en su primer convento, el de L'Ile-Rousse, donde fueron acogidas con manifestaciones extraordinarias de simpatía. Respondieron tan bien a su reputación que monseñor Casanelli urgió al P. Chaminade a que le enviase nuevas colonias.

Efectivamente, antes del final de ese mismo año 1840, el fundador hizo salir una segunda guiada por el buen Hermano Bidon. Como la primera, estaba compuesta por religiosas de la Tercera Orden, encabezadas por una superiora de Agen. La residencia asignada fue Olmeto. El P. Chaminade se proponía abrir en este nuevo convento una casa de formación de donde la Tercera Orden se extendería por toda la isla. Pero encontró un obstáculo en las disposiciones de las dos superiores, que suspiraban por la clausura y pedían establecerla en sus conventos respectivos. Era modificar las intenciones del fundador, que pensaba que, en un país como Córcega, la Tercera Orden, capaz de entrar en contacto más directo con el pueblo, prestaría mejores servicios que conventos de clausura. Se opuso a la transformación, en lo que dependía de él, pero dejó que fuese el obispo de Ajaccio el árbitro de la situación<sup>72</sup>. El prelado creyó deber acoger la petición de las dos superiores, y las fundaciones de Córcega se unieron a la gran Orden. El centro de la diócesis, Ajaccio, tuvo también pronto su convento de Hijas de María y a estas religiosas llamó el gobierno para una obra muy querida al fundador, la dirección de la escuela normal. El P. Chaminade ya había hecho los mayores esfuerzos por establecer en Acey una escuela normal femenina. Igualmente se instituyó en Ajaccio un noviciado y llegó a ser lo suficientemente próspero como para permitir a continuación nuevas fundaciones.

<sup>69</sup> 23 de octubre de 1837. *Error en el mes: carta 1016, de 23 de diciembre de 1837, Lettres, t. IV, p. 261.*

<sup>70</sup> Xavier-Toussaint-Raphaël Casanelli d'Istria nació en Córcega el 24 de octubre de 1794. Se fijó en él en Roma monseñor d'Isoard, entonces auditor de la Rota. Volvió a Francia con este prelado, llegó a ser su vicario general en Auch y fue presentado por él para la sede de Ajaccio (1833). Durante su largo pontificado, renovó la faz de su diócesis y murió el 2 de octubre de 1869.

<sup>71</sup> Cartas del 25 de septiembre de 1839 *AGMAR 28.2.564* y del 27 de marzo de 1840 *AGMAR 28.3.794*.

<sup>72</sup> Carta del 7 de diciembre de 1840 a monseñor Casanelli d'Istria. *Carta 1232, Lettres, t. V, pp. 232-238.*

El P. Chaminade no ocultaba su interés especial por su querida Tercera Orden. La rodeaba del afecto que se testimonia al último hijo, y agradecía a María que hubiese aceptado este fruto tardío de su celo. Escribía a la superiora<sup>73</sup>: «¡Qué buena es María para con sus hijos! Parece estar solícita por ellos, aunque habite el lugar de paz inalterable». El fundador se alegraba de lo que esta buena y tierna Madre le había permitido realizar antes de su muerte, «esa extensión dada a las obras exteriores de las Hijas de María», que procuró grandes consuelos a sus últimos años.

En la organización de la tercera Orden procedió como en las demás obras. Al principio, no había nada determinado y, aparte de los reglamentos indispensables adecuados a la situación especial de las nuevas religiosas, para todo el resto el punto de referencia eran las Constituciones de las Hijas de María. Cuando en 1839, estableció el texto de las Constituciones de las Hijas de María, insertó, como veremos en el capítulo siguiente, un párrafo relativo a la Tercera Orden. No le dio por el momento otras reglas.

Así definía en 1840 el espíritu y el fin de su nueva fundación, cuando se planteó introducirla en el Franco Condado<sup>74</sup>: «Estas Hermanas son realmente religiosas e Hijas de María; la diferencia está en que, como las *conversas* de las Hijas de María, no hacen voto de clausura, aunque están obligadas a todas las reglas de reserva de las religiosas claustradas, en el ejercicio de sus obras. ¿Cuáles son estas obras? Obras primero de maestras y obras de cuidado de enfermos a domicilio; reciben habitualmente lecciones de un médico así como de un farmacéutico: hay quienes, no estando llamadas a ser maestras, se destinan más especialmente al cuidado de los enfermos. En los lugares de población numerosa, se trata de poner alguna capaz de mantener, los domingos y fiestas, reuniones de jóvenes de su sexo. Las religiosas de la tercera Orden no son nunca menos de tres, en cualquier lugar que sea. Se encargan del cuidado de los hospitales».

El gobierno de la Tercera Orden pertenecía a la Superiora de Auch, pero bajo la total dependencia de la Superiora general de Agen. Este estrecho lazo que unía a la rama no claustrada con la claustrada estaba destinada a preservarla de los peligros inherentes a una vida totalmente exterior y, al mismo tiempo, asegurarle una formación religiosa suficiente. Sin esta garantía, el P. Chaminade no se hubiera prestado nunca a una fundación de este tipo: sus cartas y sus conversaciones con el P. Mertian nos muestran claramente su pensamiento en este punto. Había hablado también de ello con el cardenal d'Isoard, y había sido perfectamente comprendido por el prelado.

No compartió los temores de la Madre San Vicente, cuando el arzobispo de Auch procedió a examinar a las novicias. Garantizó la identidad de sus propios puntos de vista y los del cardenal y tranquilizó en estos términos a la Superiora general de Agen<sup>75</sup>: «El Instituto de las Hijas de María es de los institutos gobernados inmediatamente por Superiores regulares. Forma una Congregación general sometida in-mediatamente a una Superiora general que gobierna asistida por un consejo, y mediatamente a un Superior espiritual delegado de la santa Sede y de los obispos de las diócesis en las que hay casas del Instituto. Eso es el Instituto en la Iglesia de Dios, por pequeño e indigno que sea. Esté segura de que el señor arzobispo, que conoce mejor que yo los santos cánones de la Iglesia, no ha querido paralizar la administración general en su diócesis. Protector nato de la Tercera Orden y primer defensor de la observancia de nuestras santas reglas, Su Ilustrísima quiere contribuir, en lo que de él depende, a la prosperidad de las Hijas de María. Yo sé que este es el deseo más ardiente de su corazón, como he podido convencerme durante su estancia en Burdeos. Así pues, Su Ilustrísima quiere examinar las vocaciones religiosas en el Instituto por interés hacia las Hijas de María. Además, el P. de Belloc, vicario general, en su calidad de Superior local, participa en el examen de las vocaciones, y preside el consejo que decide. Pero él está ahí como delegado de Su Ilustrísima y mío, y así, tal como quiere el santo concilio de Trento, las comunidades inmediatamente gobernadas por superiores regulares no se sustraen a la jurisdicción y protectorado de los obispos».

<sup>73</sup> A la Madre Leocadia, 26 de octubre de 1836. *Carta 885, Lettres, t. IV, p. 32.*

<sup>74</sup> A Perrodin, 26 de junio de 1840. *Carta 1209, Lettres, t. IV, pp. 190-191.*

<sup>75</sup> A la Madre San Vicente, 1 de diciembre de 1836. *Error en la fecha: carta 1262, de 10 de diciembre de 1841, Lettres, t. V, pp. 321-322.*

Cuando, durante estos primeros años, sobrevenía alguna dificultad, la presencia del fundador aportaba una pronta solución. A pesar de su edad, hasta 1842 se trasladaba cada año a Auch, para fortalecer las mentes y los corazones en el conocimiento y el amor a la vocación, resolver los casos difíciles y perfeccionar los reglamentos existentes.

Se suspiraba por él y no se quería arreglar sin él ningún punto de cierta importancia. He aquí en qué términos el P. Chevallier le urgía en 1838 a apresurar su viaje<sup>76</sup>: «Mi bueno y venerable Padre, permítame que le exprese en pocas palabras toda la ansiedad e inquietud con que se le espera en Auch. Todo está en una especie de sufrimiento, y el bien que se hace es aguardando el que se espera hacer pronto». Enumeraba los asuntos que había que arreglar, y después añadía: «Le suplicamos todos de rodillas, mi bueno y muy querido Padre, que tenga la bondad de venir tan pronto como le sea posible. Todo está pidiendo aquí su presencia. Los PP. Belloc y Barrère, los dos vicarios de la diócesis, le esperan también vivamente». Efectivamente, ese año el P. Chaminade se detuvo mucho en Auch. Volvió incluso dos veces para mandar a Roma por mediación del P. Chevallier las Constituciones de los dos institutos, como pronto tendremos ocasión de explicar.

Incluso cuando ya no le fue posible viajar a Auch, continuó ocupándose al detalle de lo que ocurría allí y testimonió a sus hijas un interés que no se debilitó nunca. Hasta el final de su vida la Tercera Orden, cuyos progresos eran más sensibles que los de la misma gran Orden, fue así el objeto de su solicitud especial. Sin embargo, a su muerte no lo había dado todavía reglas constitutivas completas.

La fundación de la Tercera Orden fue el último episodio de la visita general realizada por el fundador de 1834 a 1836. Una circunstancia dolorosa le llevó de Auch no a Agen, sino a Burdeos<sup>b</sup>, antes incluso de arreglar todos los detalles de la nueva fundación.

Desde hacía tiempo se le urgía a volver a Burdeos. David Monier, que vivía en el retiro, suspiraba por su vuelta, y el P. Caillet le escribía en el mes de julio de 1836<sup>77</sup>: «Le esperamos con una santa impaciencia, que sin duda nos es permitida, tras cinco o seis meses de dolorosa espera. Así pues: *fiat, fiat!*». Pero había un motivo más poderoso para dejar apenas esbozada la obra tan interesante de la Tercera Orden.

Marie-Thérèse de Lamourous se acercaba a su fin. Enferma desde hacía muchos años, se sentía en este mes de julio más enferma que de costumbre, y se encomendaba por medio del P. Caillet, su confesor, «a las fervientes oraciones del Buen Padre». Al principio de agosto aumentó la inquietud respecto a la enferma. Decía el P. Caillet al P. Chaminade<sup>78</sup>: «Esta carta es sobre todo para decirle cómo se encuentra Marie-Thérèse de Lamourous, cuya enfermedad se agrava poco a poco y hace temer un fatal desenlace. El mal progresivo data de la muerte por el fuego del señor arzobispo, que le ha impresionado mucho<sup>79</sup>. Tiene fiebre por momentos; a menudo se agita por el temor de la muerte y de los juicios del Señor, y, aunque se llegue a tranquilizarla, no es por mucho tiempo. Sufre mucho en todo su cuerpo; el dolor le arranca a veces gritos. No se ha creído, sin embargo, que el peligro fuese tan próximo como para administrarle los últimos sacramentos». Si los asuntos de Auch no hubiesen sido tan apremiantes, el P. Chaminade habría volado a Burdeos para asistir y sostener a la moribunda con palabras de fe. El mes de agosto pasó sin que se agravase el peligro, pero en septiembre las fuerzas corporales e intelectuales disminuyeron progresivamente. Escribía el P. Caillet<sup>80</sup>: «En sus buenos momentos siempre se acuerda de usted; ella le presenta sus más humildes respetos y se encomienda a sus fervientes oraciones. Aunque a ella le agradaría lo indecible verle, prefiere privarse de ello y saber que está en un lugar de mayor tranquilidad». Conmovedora delicadeza en una moribunda. Dos días después, las noticias eran desesperadas<sup>81</sup>: «El señor Papetan<sup>c</sup> (el doctor) me ha dicho formalmente que ya no se recuperaría. Entonces me he apresurado a administrarle el santo Viático u la Extrema Unción, que ha recibido con todo su

<sup>76</sup> Carta del 21 de junio de 1838.

<sup>b</sup> *Antes de volver a Burdeos, el P. Chaminade pasó primero por Agen, cfr. Lettres, t. III, p. 653. En Tonneins, firmó la obediencia a M. Gaussens el 13 de septiembre de 1836.*

<sup>77</sup> 18 de julio de 1836. *AGMAR 27.2.110.*

<sup>78</sup> 8 de agosto de 1836. *AGMAR 27.2.121.*

<sup>79</sup> Monseñor de Cheverus había muerto el 19 de julio de 1836.

<sup>80</sup> Al P. Chaminade, 3 de septiembre de 1836. *AGMAR 27.2.126.*

<sup>81</sup> 5 de septiembre. *AGMAR 27.2.127.*

<sup>c</sup> *Corregir la ortografía: los documentos oficiales escriben Papetaud.*

conocimiento, con gran devoción y sin asustarse demasiado. La señorita Laure, su sobrina, desea vivamente que tenga el consuelo de volverle a ver a usted antes de su muerte».

El P. Chaminade no lo dudó: dejó allí sus asuntos de Auch y tomó la diligencia para Burdeos. Marie-Thérèse de Lamourous parecía esperarlo para entregar su alma a su Creador. Expiró asistida por su Buen Padre el miércoles 14 de septiembre, día de la Exaltación de la santa Cruz<sup>d</sup>. Sus funerales fueron un triunfo, y, un mes después, el vicario Barrès celebraba sus virtudes en una oración fúnebre que era un verdadero panegírico.

Así pues, sólo el P. Chaminade sobrevivía a sus colaboradoras, Madre de Trenquelléon y Marie-Thérèse de Lamourous. Estas muertes sucesivas le invitaban a apresurar la realización de su obra. Esa era su idea cuando volvió a Burdeos. Presidió la elección de una nueva Superiora de la Misericordia e instaló a la elegida, Laure de Labordère, sobrina de la fundadora, designada antes por ella para sucederle<sup>82</sup>. Después se preocupó de dar los últimos toques a cada una de sus fundaciones para dejarlas, si era sorprendido por la muerte, en un estado de prosperidad tranquilizadora para el futuro. Esa será la tarea de los años que siguen.

### Capítulo 36: Las Constituciones y el Decreto de alabanza (1837-1839)

El origen y el desarrollo progresivo de las reglas constitutivas de la Compañía de María nos son conocidos por los capítulos anteriores. Hemos visto al fundador exponer a sus primeros discípulos, en las conversaciones de 1817, el carácter, el fin y las obras esenciales de la nueva Compañía, presentarles, al año siguiente, con el nombre de *Instituto*, un primer ensayo de Constituciones y adoptarlas provisionalmente. Quería evitar fijar prematuramente puntos que sólo el tiempo y la experiencia debían consagrar. Le hemos visto a continuación, en 1829, trabajar en una redacción completa de las Constituciones, aplazar su promulgación por razones de orden interior, y, por fin, en 1834 publicar una parte.

El P. Chaminade había distribuido el conjunto de las Constituciones en dos libros, el primero de ellos consagrado a las obligaciones individuales de los miembros de la Compañía, y el segundo a las leyes constitutivas de todo el conjunto. En 1834 publicó el primer libro, que, para él, era el más importante, ya que determinaba el espíritu de la fundación, su fin y sus medios.

El primer artículo definía el fin de la Compañía en estos términos: «La pequeña Compañía que ofrece sus débiles servicios a Dios y a la Iglesia bajo los auspicios de la augusta María, se propone dos objetivos principales: 1º elevar a cada uno de sus miembros, con la gracia de Dios, a la perfección cristiana; 2º trabajar en el mundo en la salvación de las almas, sosteniendo y propagando, con los medios adaptados a las necesidades y al espíritu del siglo, las enseñanzas del evangelio, las virtudes del cristianismo y las prácticas de la Iglesia católica».

Como medios para conseguir el primero de estos objetivos, la santificación individual, la Compañía de María ofrecía a sus miembros, lo mismo que todos los demás institutos religiosos, la práctica de los consejos evangélicos y, así como la mayor parte de ellos, la vida común. El fundador explicaba primero con claridad el sentido que la Compañía quería dar a los cinco votos de pobreza, castidad, obediencia, estabilidad<sup>83</sup> y enseñanza de la fe y de las costumbres cristianas. Después se extendía sobre la vida común, prescribiendo que fuese lo más completa posible. En este punto, como en todos los demás, se contentaba con codificar lo que se había practicado desde el origen. No exigía privaciones extraordinarias de sueño ni de comida, pero las exigencias de la vida

---

<sup>d</sup> *Lettres*, t. III, p. 654, nota (2) recoge la tradición de la Misericordia, confirmando que el P. Chaminade asistió a Marie-Thérèse de Lamourous en su muerte, aunque otros historiadores lo pongan en duda o lo niegan.

<sup>82</sup> 6 de febrero de 1837.

<sup>83</sup> «Por el voto de estabilidad se entiende constituirse de una manera permanente e irrevocable en el estado de servidor de María. Es propiamente una dedicación a la santísima Virgen con el piadoso propósito de propagar su conocimiento y perpetuar su amor y su culto, en la medida de lo posible, por sí mismo y por otros, en toda circunstancia de la vida» (Art. 19).



común, una interpretación severa del voto de pobreza y algunas mortificaciones pesadas a causa de las obras de celo<sup>84</sup> daban al conjunto de la regla un sello de austeridad. Por lo demás, era prudente y moderada, y todos los prelados que la examinaron la apreciaron así. Mostrando a los religiosos un ideal de perfección muy elevado, llevaba a toda persona de buena voluntad por caminos a la vez fáciles y seguros. El espíritu de fe era la base: recomendado en toda ocasión y bajo todas las formas, debía formar las almas en las virtudes evangélicas cuyo cuadro coronaba esta primera parte de las Constituciones.

El P. Chaminade dio prueba de tal competencia en esta materia que estas reglas de ascetismo y de vida común apenas fueron retocadas después, aunque las Constituciones de la Compañía de María hayan sido objeto de varias revisiones antes de su aprobación definitiva. Se contentaron con mitigar algunas prescripciones incompatibles con las fatigas de la educación y de eliminar algunas reglas demasiado minuciosas que estaban mejor en el Costumbrero que en las Constituciones.

En cuanto a las obras que proporcionaban a la Compañía el medio para conseguir su segundo fin, la santificación de las almas, el P. Chaminade seguía fiel a la idea por la que había sostenido tantas luchas con diferentes fundadores e incluso con varios de sus discípulos<sup>85</sup>. Se negaba a restringirse a tal o cual categoría de obras estrictamente delimitada. Al contrario, afirmaba claramente que «la Compañía de María no excluye ninguna clase de obras: adopta todos los medios que la divina Providencia le da para conseguir los fines que se propone. *Quodcumque dixerit facite*: esa es su máxima. La sigue como si la orden que dio María a los servidores de Caná fuese dirigida por la augusta Virgen a cada uno de sus miembros: "Haced lo que él os diga"» (art. 6). Sin embargo, precisaba su pensamiento diciendo que quería dedicar a sus hijos sobre todo a «la educación», entendiéndolo con este nombre «todos los medios con los cuales se puede insinuar la religión en la mente y en el corazón de los hombres y elevarlos así, desde la tierna infancia hasta la edad más avanzada, a la profesión ferviente y fiel de un verdadero cristianismo» (art. 251). Y como «hay dos maneras de salvar a los hombres, preservándolos del contagio del mal y curándolos si han sufrido sus ataques, de esas dos maneras la Compañía adoptará preferentemente la más segura y la más fácil, se propondrá sobre todo preservar». Afirmaba así una predilección por los más jóvenes y quería que a ejemplo del divino Maestro sus religiosos dedicasen un amor especial a los pobres. Declaraba, sin embargo, que la Compañía no quería excluir de su solicitud a las personas de más edad ni a las que pertenecían a una condición social más elevada. El fin a primera vista ilimitado recibía así algunas restricciones que orientaban las obras en un sentido más que en otro.

Una vez publicado este primer libro de las Constituciones, el P. Chaminade, antes de continuar su tarea, decidió ir cerca de sus hijos, explicarles de viva voz estas reglas fundamentales e inculcarles su espíritu. La reconstitución de los noviciados, donde debía perpetuarse la verdadera tradición religiosa del Instituto, le parecía indispensable y urgente. A los que tenían prisa por conocer el gobierno y la organización de la Compañía, respondía<sup>86</sup> que deseaba antes ver «a los miembros de la Compañía imbuirse del espíritu de su estado y que sería una desgracia la consolidación de una sociedad antirreligiosa». Les invitaba a no dar una importancia capital a estas reglas de gobierno, porque, según decía<sup>87</sup>, «muestra fuerza real debe estar en las disposiciones interiores. No digo con esto que no haga falta dar a la plaza una circunvalación reglamentaria y unos puntos orgánicos sabiamente establecidos; pero esos puntos orgánicos, aunque fuesen como torres que pareciesen inexpugnables, no serían nada si el interior de la plaza no va bien».

<sup>84</sup> Un día de ayuno por semana, la cena siempre parca, la cuaresma sin dulcificaciones, etc.

<sup>85</sup> Un día el señor Estebenet, que llegó a ser padre Estebenet, expresaba su lamento de que el P. Chaminade no se ajustase a la idea de Auguste Perrière, que era la de no abrazar más las *escuelas medias*, y añadía que se habría juntado a él pero «que no tenía una vocación enciclopédica». Quizás se le podría haber hecho notar que la vocación que él abrazó [jesuita] no era menos extensa. El P. Caillet mismo se quejaba de ver a su Padre entregarse a tantas obras diferentes. Decía (al P. Chaminade, 5 de septiembre de 1836 [*AGMAR 27.2.127*]) que tenía miedo de «que el fin de la Compañía fuese demasiado extenso, demasiado universal y un poco vago».

<sup>86</sup> A la comunidad de Colmar, 1 de mayo de 1838. *Carta 1045, Lettres, t. IV, p. 312*.

<sup>87</sup> Al P. Lalanne, 10 de enero de 1832. *Carta 613, Lettres, t. III, p. 105*.

Otra razón que le llevaba a evitar toda precipitación era que consideraba este trabajo muy difícil, como confesaba al P. Lalanne en 1829<sup>88</sup>: «Aunque sea fundador de un Instituto religioso, yo me considero siempre un pequeño novicio en el arte de hacer reglamentos y Constituciones. No encuentro nada tan difícil como hacer buenas leyes, sobre todo cuando hay que llegar a tantas clases de personas y mantenerlas toda la vida». Quería aprovechar todo lo posible de las enseñanzas del tiempo. San Vicente de Paúl había esperado hasta los últimos años de su vida para determinar la organización de los sacerdotes de la Misión y de las Hijas de la Caridad, contando con la experiencia más que con las propias luces para dar reglas cuya forma iba a ser nueva en la Iglesia. El P. Chaminade, que no innovaba menos, se dirigía siguiendo los mismos principios: deliberadamente había descuidado, en los orígenes, el fijar los detalles de la organización y del gobierno. Había dejado a su obra constituirse como ella misma, a través de las fases sucesivas que debían llevarle a su forma definitiva y duradera.

Sin embargo, en sus viajes, había comprobado una cierta inquietud en sus hijos que, viendo su edad avanzada, tenían miedo de perderlo antes de que terminase la tarea. Estos temores habían sido uno de los motivos que le habían decidido a publicar en 1834 la primera parte de las Constituciones, como él mismo decía en la carta de envío<sup>a</sup>: «Vuestros jefes, queridos hijos, temían que si la muerte me quitase de este mundo antes de esta redacción, se pudiera levantar alguna tempestad en la Compañía. Por eso he creído deber ocuparme de ello. Cada día le consagro, como a mi preparación a la muerte, todo el tiempo que puedo robar a mis ocupaciones».

Lo que era verdad en 1834, lo era todavía más en 1837, y los religiosos, habituados a no ocultar a su Buen Padre ninguno de sus pensamientos, le rogaban que acabase cuanto antes su trabajo. Le decían por ejemplo con el P. Rothéa<sup>89</sup>: «Según las ideas que he sacado de usted, la Compañía de María debe ser una Orden verdaderamente religiosa, debe extenderse por todo el universo, debe abrazar toda clase de buenas obras, debe ser toda para todos». Ahora bien ¿cómo será eso si el fundador no establece nada cuando está vivo y si todo está expuesto a ir a la deriva al día siguiente de su desaparición? porque «si por desgracia la muerte le sorprende, querido buen Padre (quod absit!), ¿qué sería de nosotros? Cada uno interpretaría los reglamentos y el espíritu de la Compañía a su manera y la ruina sería inevitable».

El mismo lenguaje tenía su hermano Louis Rothéa<sup>90</sup>: «Permítame, querido buen Padre, que le haga esta observación de que deje todo bien establecido cuando está vivo, porque, como muchos otros, temo que después de su muerte haya desunión y quizá ruptura entre los miembros de la Compañía». El fundador recibía con bondad estas observaciones de sus hijos, aunque las razones alegadas no le parecían del todo convincentes: sabía que la obra que él dirigía no era suya y no sentía esas inquietudes que hubiesen sido una falta de fe y de confianza en la Providencia. Respondía simplemente<sup>91</sup>: «Le agradezco, querido hijo, que me haga ver mi muerte como próxima. San Pablo era incomparablemente más necesario a la Iglesia naciente que lo que yo pueda serlo para la Compañía de María, y sin embargo, consideraba la muerte como una ganancia. Dios no necesita de nadie para realizar sus obras, cuando son según su corazón. Eso no quiere decir que no debemos prestar todo nuestro corazón y todas nuestras fuerzas, todo el tiempo de nuestra vida, pero sin inquietud». Estas últimas palabras reflejaban todo su pensamiento: no rehusaba agradar a sus hijos, pero esperaba su luz de lo alto más que de las consideraciones puramente humanas. Por lo demás, en el momento en que escribía estas líneas, estaba decidido a no diferir más la publicación que se le pedía, porque se había producido un hecho que le parecía exigir un pronto fortalecimiento de su fundación. Era un nuevo y más grave atentado del P. Lalanne contra su autoridad.

Desde el mes de abril de 1837, el P. Lalanne, separado de la Compañía de María en lo concerniente al mantenimiento de la obra de Layrac, estaba en pugna con su Superior por unas sumas que esta casa debía a la Compañía. A finales de julio, el P. Chaminade, que mantenía sus reivindicaciones por deber de conciencia y para salvar intereses que no eran los suyos, creyó sin embargo, por amor a la paz, que debía desistir de su reclamación y dirigió al P. Lalanne por medio

<sup>88</sup> 30 de diciembre de 1829. *Carta 495, Lettres, p. 399.*

<sup>a</sup> *Carta 759, Lettres, t. III, p. 454.*

<sup>89</sup> 23 de enero de 1838. *AGMAR 27.5.172. Es una cita entresacada de esa carta*

<sup>90</sup> 19 de agosto de 1837. *AGMAR 27.3.463. También es una cita entresacada.*

<sup>91</sup> Al P. Léon Meyer, 13 de marzo de 1838. *Carta 1035, Lettres, t. IV, pp.294-295.*

del fiel Bidon una carta muy paternal cuyas primeras líneas eran estas<sup>92</sup>: «Hace ya muchos días, querido hijo, no sé cuántos, que en presencia del Santísimo Sacramento, reflexionando sobre el carácter de dulzura de Nuestro Señor, me vino de repente la idea de no continuar la pequeña memoria que le envié y lo he decidido, independientemente de su respuesta. El pasaje que me decidió fue éste: *Arundinem quassatam non confringet et linum fumigans non exstinguet, donec ejiciat ad victoriam iudicium* (Mt 12,20). Lo dejo todo a su conciencia».

Pero precisamente pocos días antes de recibir esta carta, el P. Lalanne había decidido dar un golpe de audacia que meditaba desde hacía tiempo. Pretextando el retraso del P. Chaminade en la constitución definitiva de la Compañía, creyéndose con derechos a la dirección, iguales que los del fundador, puesto que había sido su primero y principal instrumento, había decidido apelar contra el fundador ante la Compañía y someter a esta última no sólo el asunto de Layrac, sino la situación general de la Congregación. Pensaba aprovechar esta ocasión para hacer prevalecer sus ideas en materia de organización, resuelto, si era preciso, a apartar al P. Chaminade del gobierno. Dirigió entonces a todos los directores dos circulares seguidas. La segunda de ellas les hacía las siguientes preguntas<sup>93</sup>: «1º ¿Piensa usted que, tanto por el asunto que me concierne como por la situación general de la Compañía, hay motivo para convocar un Capítulo general? 2º ¿Responderá usted a la invitación que se le hará regularmente y con todas las condiciones que darán seguridad a su conciencia, en el caso que el Superior se oponga a esta convocatoria?».

En toda la Compañía hubo un grito de reprobación. El P. Lalanne había golpeado en falso. Había creído que bastaría con aparecer para arrastrar a todos en su seguimiento, pero su prestigio se había debilitado mucho desde que entró en conflicto con su Superior. Una circular del P. Chaminade, fechada el 26 de agosto, le dio el último golpe e hizo desaparecer las últimas dudas. Era enérgica y se oponía a la convocatoria de un Capítulo general, provocado sin mandato e inoportuno en esas circunstancias. De todas partes afluyeron cartas de sumisión filial, que aseguraban al fundador una inviolable fidelidad. Se podían resumir todas en la del P. Rothéa<sup>94</sup>: «Participamos mucho, mi buen Padre, en las penas que le deben causar algunos de sus hijos infieles. Pero esperamos que volverán de su profundo extravío como el hijo pródigo y que, a pesar de todas las sacudidas que experimenta la Compañía de María, ella se consolidará y se desarrollará más que nunca».

No se equivocaba el P. Rothéa: la Compañía ganó doblemente con esta sacudida. Por una parte, sintió la urgente necesidad de hacerse aprobar en Roma y, por otra, se vio liberada de algunas personas que habían perdido el espíritu de su estado. Entre ellas se encontraba Mémain, el antiguo ecónomo del P. Lalanne, que pretendía administrar a su antojo las escuelas de Agen. El P. Chaminade le dejó alejarse antes que sufrir unas exigencias contrarias al espíritu religioso. Las escuelas de Agen se perdieron de golpe: era un gran mal, menor sin embargo que la presencia en la Compañía de estos elementos de discordia.

En cuanto al P. Lalanne, de acuerdo con las previsiones de los que le conocían, iba a volver una vez más, como hijo pródigo, a su padre. Tenía una veneración demasiado profunda por el P. Chaminade, una conciencia demasiado recta, aunque a menudo cegada por su deseo de gobernarse a sí mismo, como para dejarse llevar a una ruptura sin remedio. Presentó su dimisión como jefe general de instrucción, y, presa de un profundo desaliento, deslizó un «Adiós para siempre» en su carta al P. Chaminade. Éste le dio esta admirable respuesta<sup>95</sup>: «Usted va a hacer un poco de retiro y, si el Espíritu del Señor se digna iluminarle, usted verá claramente que no son la verdad y la razón las que le han llevado a todos esos estallidos. No acepto, hijo mío, su *adiós*, y menos todavía el *adiós para siempre en la tierra*: usted será siempre mi hijo, aunque se oponga a mí, porque yo tendré siempre para con usted un verdadero amor paternal. No habrá separación absoluta más que en la eternidad si no marchamos los dos por la vía estrecha en la que hemos tenido la dicha de entrar».

<sup>92</sup> 28 de julio de 1837. *Entresacado de la carta 981, Lettres, t. IV, pp.209-210.*

<sup>93</sup> 17 de agosto de 1837. *Cfr. Lettres, t. IV, p. 218.*

<sup>94</sup> 17 de agosto de 1837. *En esa fecha, no hay ninguna carta del P. Rothéa al P. Chaminade. Recorriendo las cartas de ese periodo, ha sido imposible encontrar esa cita.*

<sup>95</sup> 22 de septiembre de 1837. *Carta 997, Lettres, t. IV, pp. 232-233.*

El «adiós» del P. Lalanne no podía ser largo. Empujado por el deseo de reconciliarse con su Padre, acudió a Burdeos y pidió al nuevo arzobispo, monseñor Donnet, que hiciese de mediador. El P. Chaminade se mostró paternal con él, pero no creyó oportuno concederle todo lo que pedía, en particular la readmisión de Layrac entre las casas cuya carga asumía la Compañía. Lo primero que quería del P. Lalanne era la conversión del corazón, pero tenía aún dudas muy fundadas no sobre la sinceridad de sus sentimientos pero sí sobre su eficacia. Sólo se tranquilizó cuando recibió una carta fechada el 17 de marzo de 1838 que enmendaba muchos errores. Escribía el P. Lalanne<sup>b</sup>: «Llego de Agen, donde el P. Mouran, nuestro amigo común, ha tenido la bondad de oírme en confesión. En primer lugar había que pedir perdón a Dios. Después vengo a usted, pero... es mejor decir como se lee hoy en el evangelio: *Jam non sum dignus vocari filius tuus...* Me pongo de rodillas y yo también pido perdón. Estoy a sus órdenes. Humillado y confundido por mis extravíos y mis debilidades, no sé lo que será de mí, porque merezco todos los rigores de la justicia de Dios; pero con tal que salve mi alma, el resto importa poco. Creo que esto le llegará el día de su fiesta. No lo he hecho expresamente. Si no valgo lo suficiente para que el testimonio de mi respeto pueda serle agradable, permítame ofrecerle el de mi arrepentimiento».

Mantuvo su palabra y reparó por todos los medios posibles el mal que había hecho con más ligereza que mala voluntad. Se retractó con una carta pública dirigida a sus hermanos y, más tarde, el 14 de agosto, se creyó también en el deber de escribir en estos términos a monseñor Donnet: «Es un deber de justicia que cumplo rehabilitando ante Su Ilustrísima la reputación de prudencia y destreza del sabio anciano que mis quejas han podido dañar. Debo reconocer que hay mucho de culpa mía en los reproches que se han hecho a la administración del P. Chaminade. Si yo hubiese sido más fiel a la obediencia religiosa en toda su extensión, otros habrían sido también más obedientes y más humildes, y el Superior habría encontrado menos obstáculos para llevar la obra a sus fines con más facilidad y prontitud».

El P. Chaminade era así justificado por el mismo que más le había calumniado, y Dios, que había permitido que sufriese tanto por sus discípulos más queridos, le daba esta alegría de conservarle al menos este colaborador de primera hora, cuya carrera iba a ser todavía larga y fecunda. Decía el P. Chaminade entonces: «¡Ah!, hijo mío, ¡qué bien habríamos hecho juntos si hubiéramos podido entendernos!».

Toda la vida posterior del P. Lalanne fue una noble protesta contra extravíos irreflexivos y pasajeros. Ocupado en obras diversas, empleado sobre todo en una pesada tarea, la de levantar de sus ruinas el colegio Stanislas, sirvió hasta el final a esta Compañía de María de la que dijo<sup>96</sup>: «Ella es el arca que he construido para salvarme con otros en los últimos tiempos. He nacido con ella. Mi existencia en el sentido espiritual y religioso está unida a la suya: ¡separarme de ella es morir!». Fue fiel sobre todo a la memoria de aquel de quien hablaba con una ternura emocionada y una veneración profunda, lamentando los errores que había cometido con él. Dice uno de sus biógrafos<sup>97</sup>: «Le gustaba señalar a los demás los escollos que no siempre había evitado y le oímos a menudo hablar deplorando algunas opiniones de las que se había retractado y algunos actos que no cesaba de lamentar. Y ¿quién, por poco que haya vivido, no percibe en su alma la magulladura que ha dejado el contacto con las cosas humanas? ¡Dichosos aquellos de entre nosotros que saben reconocer sus debilidades y que aman la verdad hasta preferirla a los prejuicios más enraizados o a un sistema largo tiempo acariciado!»<sup>98</sup>.

<sup>b</sup> *AGMAR 27.5.192.*

<sup>96</sup> Al P. Caillet, 10 de abril de 1838. *Error en el año, es de 1837. AGMAR 25.1.37.*

<sup>97</sup> El autor de la *Notice historique* sobre el colegio Stanislas, p. 329. *En la biblioteca de los archivos, hay dos ejemplares de este libro: AGMAR 1961.18 y AGMAR 1961.101.*

<sup>98</sup> El P. Lalanne permaneció en Layrac hasta 1845. El estado de sus finanzas no le permitió mantenerse más tiempo. Siempre unido a la Compañía de María por los votos de religión, pidió no volver a ella efectivamente hasta que se hubiese liberado de sus deudas. Con este fin fue a París, donde pronto compartió con el P. Leboucher la dirección de dos colegios, una en Ternes y la otra en la calle Bonaparte. En 1852 decidió a la Compañía de María a comprar este último. Monseñor Sibour se fijó en él y le puso al frente de la sección eclesiástica de l'Ecole des Carmes. Era profesor aquí cuando la Compañía de María aceptó la carga del colegio Stanislas, y los superiores le confiaron la misión de restaurar este centro (enero de 1855). Su éxito fue completo: la restauración del colegio Stanislas es la obra capital de su vida. Trabajó en él quince años, al cabo de los cuales tuvo que dejar una carga demasiado pesada para sus espaldas envejecidas. Sobre su paso

El P. Chaminade sintió que había llegado el momento de acabar las Constituciones y presentar la Compañía a la aprobación de la santa Sede. No encontraba ningún obstáculo fuera ni dentro. La situación política había mejorado. La paz reinaba en el Instituto: la calma y la confianza habían crecido por el feliz desenlace de las últimas agitaciones y por la conversión del había sido su autor principal. Así pues, el P. Chaminade podía publicar, sin temer ninguna oposición, el segundo libro de las Constituciones que trataba de la organización y del gobierno de la Compañía.

La redacción del capítulo de la organización era evidentemente una tarea delicada: aquí tenían que determinarse las relaciones recíprocas de los diversos elementos constitutivos de la Compañía, sacerdotes, laicos enseñantes y obreros. Al principio, el fundador había cuidado de no fijar nada en este punto. En 1818 había descartado una concepción muy teórica de David Monier, pero sin reemplazarla por otra. Poco a poco sus ideas se fueron precisando. Sobre la cuestión capital de las relaciones de sacerdotes y laicos, estaban maduras en 1829. Sólo la organización de los religiosos obreros presentaba todavía incertidumbres que, como hemos visto, se resolvieron al día siguiente de su último viaje al Norte.

En su trabajo definitivo, como en el de 1829, rechazaba de nuevo las distinciones imaginadas por David Monier entre el colegio de los sacerdotes y el de los laicos, así como las diferencias que Auguste Perrière había pensado establecer entre los laicos de una cultura superior y los de la enseñanza primaria. El fundador dice: «No hay entre los laicos enseñantes más distinción que la de su destino» (art. 362). Los religiosos empleados en trabajos manuales fueron admitidos con participación en todos los derechos sociales de los demás miembros de la Compañía, aunque el fundador formulase para ellos en las Constituciones recomendaciones especiales y les asignase reglamentos adecuados a su género de vida en sus comunidades separadas.

Al proclamar la unión íntima de todos los elementos constitutivos de la Compañía, el P. Chaminade no dejaba de admitir la distinción de las atribuciones requeridas por el carácter mismo de los elementos fusionados. Los sacerdotes debían ser «la sal y la luz» de la Compañía (art. 361). El Superior general, los jefes generales de celo y de instrucción, los maestros de novicios, los provinciales y los superiores de las grandes obras debían ser escogidos entre ellos (art. 359). En estas últimas casas, debían cumplir además las funciones de jefes de celo y de profesores «según sus talentos» (art. 348). En todas partes debían atender a las congregaciones y, si eran llamados, a los retiros y las misiones.

Entre las obras entonces existentes en la Compañía, las escuelas primarias públicas estaban reservadas exclusivamente a los laicos (art. 361). Pero la educación en todas sus formas y la enseñanza en todos sus grados eran de su competencia sin que, en este punto, las Constituciones estableciesen ninguna distinción entre ellos y los sacerdotes (art. 362).

Sobre ninguno de esos puntos, el P. Chaminade decía nada nuevo. Formulaba lo que ya existía de hecho. Habría podido publicar sin ningún inconveniente estos capítulos de la organización en 1834, pero había preferido unirlos a los del gobierno, con los que presentaba cierta conexión. La coexistencia de los diversos elementos en la Compañía no le había creado ningún problema. El acuerdo había sido espontáneo en todas partes, cimentado en los lazos de una caridad recíproca, y cuando, al principio, alguno se escandalizaba de ver a un sacerdote, el P. Rothéa, subordinado a un superior laico, el P. Chaminade hizo comprender que, en las obras de este tipo, el superior no debía ser necesariamente un sacerdote y que bastaba en este caso que los sacerdotes no dependiesen del superior para su conducta personal<sup>99</sup>. En cuanto a las recriminaciones de Collineau y Auguste, no eran más que las sutilezas de hombres necesitados de algún pretexto para alejarse. Por lo demás, el fundador no parece haber manifestado nunca ninguna inquietud sobre la participación simultánea de los diversos elementos en la Compañía. Desde el origen, le vemos

---

por el colegio Stanislas se pueden encontrar reseñas en la *Notice historique* del colegio que hemos citado y en la *Vie* de su sucesor, el P. Lagarde (Lecoffre, 1887). En los últimos años de su vejez, el P. Lalanne dirigió primero una casa de educación en Cannes. Después se dedicó a visitar, en calidad de inspector, los colegios de enseñanza secundaria de la Compañía de María. Murió durante una de estas visitas en Besançon, el 27 de mayo de 1879, y fue enterrado en medio de sus hermanos en Courtefontaine (Jura). *En realidad, según la ficha personal, Lalanne murió el 23 de mayo de 1879.*

<sup>99</sup> Al P. Rothéa, 5 de julio de 1825. *Carta 355, Lettres, t. II, p. 77.*

hablar con total confianza<sup>100</sup>: «La Compañía de María, aunque compuesta de personas todas las condiciones y de todos los talentos, de sacerdotes y de laicos, se mantendrá sólidamente si observa rigurosamente el orden que le es prescrito». Tenía razón: lo que para muchos era una quimera irrealizable él lo realizó, aunque los reglamentos orgánicos trazados por él fuesen juzgados más tarde insuficientes y tuviesen necesidad de un complemento de claridad y precisión. Esos retoques, aconsejados por la experiencia, no fueron más que perfeccionamientos que no alteraron en nada los principios constitutivos y, al contrario, garantizaron su mantenimiento y duración.

Lo que, desde el punto de vista humano, tranquilizaba al P. Chaminade para el futuro de su fundación era el modo de gobierno que quería establecer. Le parecía indispensable un gobierno fuertemente centralizado, único capaz de mantener la unión entre los diversos elementos, procurando la participación de todos en la obra común. Sobre este punto estuvo lejos de encontrar unanimidad en sus hijos. Varios directores, con el P. Lalanne a la cabeza, se asustaron de un poder central fuertemente constituido. Querían para los directores de las obras cierta independencia, sobre todo en materia de finanzas y de personal. Subordinando el bien común al bien particular, aspiraban a una autonomía más o menos completa, a semejanza de los priores de los monasterios en las antiguas órdenes religiosas.

El P. Chaminade había combatido siempre esta pretensión con máxima energía. Señalando un día a Clouzet las disposiciones en que hay que encontrarse para preservarse de toda ilusión en esta materia, indicaba al mismo tiempo los principios que guiaban al propio fundador<sup>101</sup>: «Los que no buscan imbuirse cada vez más del espíritu de su estado, siempre encontrarán algo que discutir sobre los artículos de la organización y del gobierno, primero porque siempre entra lo arbitrario en la aplicación de los principios, y después porque el amor propio se puede sentir herido. En lo que respecta a la organización y el gobierno, yo he querido siempre acercarme lo más posible a la organización y gobierno de la iglesia católica. Cuanto más nos alejemos de ese plan, menos solidez y estabilidad habrá».

Había notado que la tendencia de la Iglesia, conforme a las necesidades de la época moderna, era centralizar los poderes. Todas las órdenes religiosas recientes habían sentido esta necesidad, y las órdenes antiguas dedicadas a la vida activa no encontraban otro medio más eficaz para tomar un nuevo vigor que el de estrechar los lazos que unían a sus diversos monasterios. Lo que era una exigencia general de los nuevos tiempos y una consecuencia necesaria de la multiplicidad y rapidez creciente de las comunicaciones, para la Compañía de María era una necesidad imperiosa a causa de su composición heterogénea. Para ella era cuestión de vida o muerte. Un gobierno poco centralizado hubiese llevado en breve plazo al desmembramiento de sus elementos y por lo tanto a la ruina.

En sus cartas, el P. Chaminade expuso a menudo sus ideas sobre este tema. He aquí por ejemplo lo que escribía a Courtefontaine en la época de la redacción definitiva de las Constituciones<sup>102</sup>: «Nosotros tenemos todos el mismo fin, el mismo propósito, el de trabajar con todas nuestras fuerzas en el sostenimiento y en la propagación de la fe, cada uno en el puesto que le es asignado. Para ello, necesitamos permanecer siempre unidos. La divergencia de las ideas y de los sentimientos puede matar a la Compañía, y por eso no hace falta más que un primer jefe en la Compañía, como no hay más que uno en la Iglesia católica. Todos los jefes subalternos, cualquiera que sea el puesto que ocupan, deben someter siempre sus ideas y sus sentimientos a este primer jefe».

Se mantenía firme en este principio, por otra razón además que exponía un poco más tarde al P. Léon Meyer, entonces maestro de novicios en Ebersmunster<sup>103</sup>: «Mi querido hijo, mi muy querido hijo, evite en lo posible lo arbitrario en toda su conducta. Lo arbitrario, aunque fuese más sabio que las mismas reglas, produciría siempre muy malos efectos y sería nocivo para la Compañía». En las órdenes religiosas antiguas (que el P. Meyer invocaba en apoyo de su tesis)

<sup>100</sup> A Louis Rothéa, 25 de enero de 1822. *Esta carta existe (Carta 188, Lettres, t. I, pp. 321-323), pero la cita aducida no está en ella.*

<sup>101</sup> 6 de noviembre de 1830. *Carta 557, Lettres, t. II, pp.355-356.*

<sup>102</sup> Carta no fechada, pero con la escritura del secretario de esta época (1838-39). *Carta 1087, Lettres, t. IV, pp. 394-395.*

<sup>103</sup> 8 de febrero de 1844. *Carta 1293, Lettres, t. V, pp. 396-397.*

«¿cuántos abusos de diferentes clases se introdujeron por la negligencia de los jefes de comunidad, que a veces eran buenos, pero débiles y dejándose arrastrar por sus subordinados! Cuando Dios enviaba reformadores, ¡la de penas que tuvieron que sufrir! La mayor parte del tiempo ¿no han tenido que transigir con mitigaciones y, después incluso de estas mitigaciones, no se ha recaído en nuevos abusos? Podría, querido hijo, escribir gruesos libros con lo que le digo. Cuando he querido trabajar en las Constituciones tanto del Instituto de las Hijas de María como de la Compañía de María ¿no he tenido el deber de examinar y sondear las causas del relajamiento?».

En virtud de estos principios, el P. Chaminade dio al Superior general poderes muy amplios: «El Superior general es el jefe, el alma y el vínculo de toda la Compañía; forman parte de ella sólo los que están unidos a él y los que viven bajo su obediencia» (art. 396). «Nombra a todos los jefes y superiores particulares, salvo los Asistentes», nombrados como él mismo por el Capítulo general. «Admite definitivamente, recibe los compromisos, firma todos los actos que se hacen en nombre de la Compañía y decide la exclusión; coloca, desplaza, envía y llama a los religiosos en cualquier tiempo y lugar que sea» (art. 397). «Sin embargo, en los casos de ventas, de adquisición de inmuebles, de asuntos graves con el Gobierno o la santa Sede, de la publicación de sus propios escritos y de la exclusión de personas ya admitidas, el Superior general no actúa sin el parecer de su consejo; si el consejo es de parecer contrario al suyo, no puede actuar» (art. 398). Con este último artículo, el P. Chaminade ponía a esta autoridad absoluta la moderación exigida por la prudencia. Por lo demás, él hubiera asignado al Superior general funciones de por vida si, cuando redactó los estatutos civiles, el gobierno no hubiese exigido que el Superior no fuese nombrado más que para diez años. Admitiendo esta modificación a sus ideas, el fundador aportó un paliativo declarando al Superior general reelegible.

A esta concepción del poder central, el P. Chaminade unía el principio de la distinción de los tres oficios de celo, instrucción y trabajo. Reunidos en la persona del Superior general, estos oficios se dividían entre sus Asistentes, de manera que se asegurase el buen funcionamiento de todos los servicios, manteniendo la unidad de impulso y de dirección. Encontramos el pensamiento del fundador explicado en una carta al P. Chevaux y aplicado al gobierno particular de la comunidad de Saint-Remy, porque las administraciones locales debían calcarse del gobierno central. Le decía<sup>104</sup>: «Usted puede ver, querido hijo, que el gobierno de la casa todo debe hacerse realmente *per modum unius*, como usted dice, que el Superior es realmente el centro de todos los movimientos, aunque en la esfera de su autoridad se encuentran jefes, centros también de algunos movimientos particulares. ¿No sucede lo mismo en el universo, la obra de la divinidad? ¿No tienen los planetas sus planetas particulares? Dios ha establecido leyes generales que sostienen admirablemente este gran orden del universo. Yo confío en que si se observan primero las leyes generales del estado religioso y del cristianismo, esta clase de gobierno cuando sea bien entendido nos llevará a un gran orden. No quiero decir que el gobierno no pueda ser organizado de modo diferente, pero es el que nuestras antiguas Constituciones han introducido en la Compañía y es sensato conservarlo, bien entendido que puede sufrir, sin alteraciones, todas las modificaciones que exige la naturaleza de las obras».

Admitido este principio, todo el gobierno se dedujo de él. Algunas partes de este capítulo, aquellas que el fundador no pudo basar en la experiencia, eran menos perfectas, como la composición del Capítulo general, al que eran convocados todos los jefes de las casas. Después hubo que renunciar a este sistema que hacía imposible la reunión frecuente de los Capítulos y también su eficacia.

El P. Chaminade se proponía someter a la aprobación de Roma no sólo la Compañía de María sino también el Instituto de las Hijas de María. Así pues, revisó también las Constituciones de las Hijas de María. Completas desde 1916, habrían podido ser presentadas antes en la santa Sede, pero el fundador no tenía prisa para hacerlo, como nos lo hace ver él mismo en su correspondencia<sup>105</sup>: «Cuando vivía monseñor d'Aviau, encontré una ocasión favorable para que la santa Sede aprobase las Constituciones de las Hijas de María; consulté a Su Ilustrísima (porque mientras él vivió no hice nada importante para el Instituto sin consultarle); Monseñor me respondió amigablemente que haría por su parte todo lo necesario, pero que me aconsejaba no pedir todavía la

<sup>104</sup> 23 de noviembre de 1831. *Carta 609, Lettres, t. III, pp. 91-92.*

<sup>105</sup> Al P. Lalanne, 24 de diciembre de 1835. *Carta 811, Lettres, t. III, pp. 548-549.*

aprobación porque, en el desarrollo del Instituto, sería posible que yo tuviese que cambiar o añadir algún artículo. El señor obispo de Agen, cuando ha sabido el consejo del arzobispo de Burdeos, lo ha aprobado claramente».

El P. Chaminade tuvo que felicitarle por este retraso, en primer lugar porque la forma de las Constituciones de 1816 era muy defectuosa. Redactadas por David Monier eran de un estilo pesado y embarullado. En segundo lugar, porque la experiencia le había indicado importantes mejoras.

La principal le había sido sugerida por el desacuerdo ocurrido en 1832 entre el obispado de Agen y él. El fundador daba mucha importancia a la unión de las dos ramas del Instituto de María. No las quería separadas como no lo habían sido las dos ramas de la Congregación de Burdeos. Quería que una misma cabeza dirigiese las dirigiese y les permitiese hacer un bien análogo en los dos sexos, bajo los auspicios de la Virgen Inmaculada. Pensaba que su unión tenía que ser tan estrecha como la de los Paúles y las Hijas de la Caridad, la de los Misioneros de María del Beato Grignon de Monfort y las Hijas de la Sabiduría, y más recientemente la de los Padres de los Sagrados Corazones o Padres de Picpus y las religiosas del mismo nombre, fundados por el P. Coudrin. Los sucesos de 1832 le enseñaron que, para asegurar esa unión, había que expresar en las Constituciones lo que, por espíritu de moderación, había creído que se podía sobreentender simplemente. Lo hizo con la libertad que le daba el hecho de que, por una parte, las Hijas de María se lo pedían ardientemente y, por otra, él estaba por encima de toda sospecha de ambición. A su edad, no podía ya esperar una larga carrera, y su próxima dimisión iba a precipitar el final de su influencia personal.

Así pues, incluyó en las Constituciones un párrafo nuevo que trataba del «gobierno del Instituto por su Superior espiritual», donde se decía (art. 407): «Un Superior espiritual está encargado de mantener en todas partes la unidad de espíritu y de acción en el gobierno. Delegado habitual de los obispos que han deseado comunidades en sus diócesis respectivas, su delegación así como las Constituciones del Instituto serán sometidas a la aprobación del Soberano Pontífice». «El Superior espiritual del Instituto de las Hijas de María es el Superior de la Compañía de María: los dos institutos tienen el mismo fundador, el mismo espíritu y se proponen los mismos fines» (art. 415).

Las atribuciones respectivas de este Superior espiritual y de la Superiora general estaban cuidadosamente determinadas. La Superiora tenía en su Instituto todos los poderes de los que gozaba el Superior general en la Compañía de María. Pero este último, «como Superior espiritual delegado de la Iglesia, debía ejercer especialmente su autoridad sobre las órdenes de la Superiora general y las del Capítulo general» (art. 417). «Los nombramientos de las superiores particulares, las operaciones importantes en lo material, las nuevas fundaciones, los añadidos o las modificaciones en los reglamentos particulares, son sometidos al Superior espiritual y no son efectivos más que después del consentimiento dado por él» (art. 418). No se puede ocultar que este control sería enojoso para la Superiora, si se ejercía con rigor<sup>106</sup>.

Otra modificación fundamental aportada a las Constituciones de 1816 era la introducción en las reglas de una innovación que se remontaba a los mismos orígenes del Instituto. Al no bastarse las Madres en la esforzada tarea de la educación, el P. Chaminade les había adjuntado, con el nombre de *Asistentas* y con derechos casi iguales a los suyos, algunas religiosas de condición menos elevada. Esta clase de Asistentas se colocó en las Constituciones entre las Madres y las Conversas, y participó en la obra de la educación.

Finalmente, una tercera diferencia entre la antigua y la nueva redacción era el añadido de un capítulo relativo a la Tercera Orden recientemente fundada en Auch. En lugar de darle reglas especiales, el fundador se contentó con declarar que las Constituciones de las Hijas de María debían serle aplicadas en todo lo que le era aplicable. Dicen las Constituciones: «La rama vigorosa llevada a Auch depende siempre de su primer tronco, formando con él un único y mismo Instituto de las

---

<sup>106</sup> He aquí cómo, en la práctica, definía el fundador a la Madre San Vicente esta colaboración de las dos cabezas en el gobierno de las Hijas de María: «Usted y yo nos vamos a entender. Los superiores y otras personas le dirigirán sus peticiones (para las fundaciones, etc.); usted me las someterá y yo le diré lo que debe hacer. Cuando se trate de cosas graves, es preciso que marchemos juntos como dos corceles que llevan el coche: si uno va hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, todo irá mal» (3 de febrero de 1838).



Hijas de María» (art. 336). «Las hermanas conversas que la componen, verdaderas religiosas de las Hijas de María, en el fondo no difieren nada de las que se han extendido hasta hoy en los diversos conventos. Se someten totalmente a las Constituciones y a la Administración general del Instituto» (art. 337). «El convento central de Auch gobierna inmediatamente a todos los que salen de él; sin embargo, somete todas sus relaciones con ellos a la Administración general del Instituto de las Hijas de María de Agen» (art. 338). «La Superiora de la casa central está siempre, tanto para su persona como para sus actos de gobierno, bajo la dependencia de la Administración general del Instituto» (art. 335). En una palabra, el P. Chaminade subordinaba la Tercera Orden a las Hijas de María de la misma manera poco más o menos que vinculaba a las propias Hijas de María con el Superior general de la Compañía de María. Y de esta jerarquía, de esta colaboración de elementos diversos que se completan unos a otros, pensaba constituir un todo armoniosamente combinado, tendiendo a un único y mismo fin, en un único y mismo espíritu.

Una vez terminado su trabajo, el P. Chaminade lo sometió a los obispos de las diócesis en que tenía casas. De todos recibió aprobaciones muy explícitas y los que hicieron un estudio profundo, como el arzobispo de Besançon, monseñor Mathieu, y el obispo de Ajaccio, monseñor Casanelli d'Istria, reconocieron en ese trabajo «el espíritu de Dios». El cardenal d'Isoard, arzobispo de Auch, empleó términos especialmente halagadores para el fundador y su obra. Hizo de las Constituciones de la Compañía de María este elogio: «Las Constituciones del Instituto de las Hijas de María tienen el mérito inapreciable de llegar, para tratarlos eficazmente, a todas las clases de la sociedad, al sacerdote para regenerarlo en el espíritu principal de su divina misión, al hombre de mundo para asociarlo al apostolado empleándolo en la abnegada tarea de la educación, y al obrero para espiritualizar su trabajo y llevarle a la felicidad eterna».

Desde la fundación de la tercera Orden, el cardenal d'Isoard multiplicaba las muestras de su benevolencia hacia el P. Chaminade y se ofrecía al fundador para presentar en Roma las Constituciones de sus dos institutos y pedir su aprobación. Auditor de la Rota durante más de veinte años, el prelado gozaba en Roma de todas las facilidades para llevar una negociación de este tipo<sup>107</sup>.

El P. Chaminade aceptó el ofrecimiento en julio de 1838, en uno de sus viajes a Auch. Arregló con el cardenal todas las gestiones que había que hacer, y acordó que el P. Chevallier, representante del fundador en la Tercera Orden y vicario general de monseñor d'Isoard, iría a Roma para introducir el asunto.

El P. Chaminade pidió oraciones especiales a los dos institutos<sup>108</sup>, redactó dos súplicas en favor de ambos y añadió un resumen de los motivos que le habían decidido a fundarlos. Resumió toda su carrera apostólica en términos notables de precisión y modestia<sup>109</sup>. Confió todos sus

<sup>107</sup> Joachim-Jean-Xavier d'Isoard nació en Aix en 1766, en una antigua familia del Dauphiné. Hizo sus estudios en el Seminario menor de Aix, donde conoció al futuro cardenal Fesch, que influyó para que fuese nombrado auditor de la Rota en 1803. Se mostró muy firme en la defensa de los derechos del Papa contra las pretensiones imperiales. Mantenido en su puesto por el gobierno de la Restauración, tuvo mucha parte en la conclusión del Concordato de 1817. Pío VII le tenía en particular estima y lo nombró como uno de sus ejecutores testamentarios. Retenido hasta 1825 en el umbral del estado clerical por una excesiva delicadeza de conciencia, aceptó por fin ser ordenado sacerdote. Fue elevado a la dignidad cardenalicia en 1827, y en 1829, cuando volvió a Francia, a la sede arzobispal de Auch. Después rehusó dos veces el arzobispado de Aix y, en 1836, el de Burdeos. Pero, tras la muerte de su antiguo amigo, el cardenal Fesch, creyó deber aceptar el de Lyon. No tuvo tiempo de tomar posesión porque murió el 7 de octubre de 1839, en París, a donde había ido para recibir sus bulas.

<sup>108</sup> Circular del 30 de agosto de 1838. *Es del 29 de agosto de 1838. Carta 1069, Lettres, t. IV, pp. 355-356.*

<sup>109</sup> He aquí algunos extractos de esta larga carta dirigida a Su Santidad el Papa Gregorio XVI:

«Santísimo Padre, si me hubiera sido permitido venir en persona a postrarme humildemente a los pies de Su Santidad, le hubiera revelado los sentimientos más íntimos de mi corazón. Le hubiera dicho, con una sencillez del todo filial, cuán grande es, desde hace mucho, mi dolor al ver los increíbles esfuerzos que hacen la impiedad, el racionalismo moderno y el protestantismo, conjurados para arruinar el hermoso edificio de la revelación. Para poner un dique fuerte al torrente del mal, el cielo me inspiró a comienzos de este siglo solicitar de la santa Sede el nombramiento de Misionero apostólico, con el fin de reavivar o de volver a encender en todas partes la llama divina de la fe, presentando por todos lados, ente el mundo asombrado, grandes cantidades de cristianos católicos de toda edad, sexo y condición que, reunidos en asociaciones

documentos, así como las aprobaciones episcopales<sup>110</sup>, al P. Chevallier, «el peregrino de María»<sup>111</sup>. Se encomendó al cardenal Lambruschini, secretario de Estado de Su Santidad Gregorio XVI, que antes, como nuncio, le había ofrecido varias veces sus servicios. Finalmente puso en manos de la Providencia el resultado de la negociación.

En Roma se acogió bien al mensajero y al mensaje. El asunto entró en enero de 1839 y se resolvió a finales del mes de marzo. La respuesta fue dada en un decreto único fechado el 27 de abril de 1839, y anunciado en estos términos al P. Chaminade por el cardenal Giustiniani<sup>112</sup>: «Le envío, con esta carta, el decreto de alabanza que nuestro Santísimo Padre ha querido pronunciar en favor de las dos Congregaciones que usted ha fundado. Debe reconocer, tanto con respecto a usted como respecto a sus discípulos, la benevolencia de Su Santidad que, en su alegría, ha bendecido al Dueño de la mies por haberle inspirado el proyecto de reunir en la viña del Señor a nuevos y abnegados obreros de toda clase, cuyos cuidados vigilantes y solícitos harán crecer en todas partes los frutos fecundos de la moral y las virtudes. Sin embargo, si observa que, por algunas razones, no se ha decretado todavía la aprobación especial de las Constituciones que usted ha presentado, no sospeche que tenga usted nada malo que temer respecto a las mismas Congregaciones, que, al contrario, como usted verá, han gustado mucho y han sido tratadas con merecidas alabanzas».

El decreto comenzaba, como era costumbre, con la exposición de la petición, y después seguía así: «Su Santidad ha acogido todo con benevolencia y ha transmitido las súplicas a la Sagrada Congregación encargada de los obispos y regulares, que ha hecho examinar y analizar la petición con sumo cuidado y atención a varios cardenales de esta Congregación<sup>113</sup>; y, después de escuchar la relación que hizo el subsecretario en la audiencia del 12 de abril de 1839, Su Santidad

especiales, practicasen sin vanidad y sin respeto humano nuestra santa religión, con toda la pureza de sus dogmas y de su moral. Imbuido de esta idea, y urgido, además, por dignos prelados, deposité mi alma entera en una humilde súplica a los pies de nuestro Santo Padre el Papa Pío VII, quien se dignó escuchar favorablemente mi petición y me concedió las más amplias facultades por un decreto del 20 de marzo de 1801. Desde entonces, Santísimo Padre, se han ido formando en varias ciudades de Francia fervorosas Congregaciones, unas de varones y otras de mujeres, y se ha hecho mucho bien. Pero este medio no bastaba... He creído ante Dios, Santísimo Padre, que era necesario fundar dos nuevas órdenes, una de mujeres y otra de hombres, que probaran al mundo con sus buenos ejemplos que el cristianismo no es una institución envejecida, y que el evangelio puede practicarse todavía hoy como hace mil ochocientos años, y que disputasen a la propaganda, escondida so color de mil y un pretextos, el terreno de las escuelas, abriendo clases de todos los grados y de todas las materias...

«Las Constituciones de la Compañía de María, Santísimo Padre, y las del Instituto de la Hijas de María desarrollan los fines, los medios, la organización de las personas y el gobierno de las dos órdenes, según el espíritu de san Benito, adaptado lo mejor posible a las inmensas necesidades del siglo actual. Estas dos órdenes han tomado como nombre distintivo el de la augusta María. ¡Ojalá la den a conocer, la hagan alabar y amar por toda la tierra! Porque estoy íntimamente convencido de que Nuestro Señor ha reservado a su santa Madre la gloria de ser particularmente la que sostenga la Iglesia en estos últimos tiempos.

«No considere, Santísimo Padre, la indignidad personal del que osa robar preciosos momentos del tiempo de Su Santidad para balbucir a sus pies unas cuantas palabras acerca de unas obras de las que no es más que un vil instrumento; considere, Santísimo Padre, el santo nombre de María, bajo cuya protección me presento ante su trono, porque Ella es toda mi gloria, toda mi fuerza» *Carta 1076, Lettres, t. IV, pp. 373-376.*

<sup>110</sup> Las del cardenal de Auch, de los arzobispos de Burdeos y Besançon, de los obispos de Ajaccio, Agen, Saint-Claude, Saint-Dié, Lausanne y Ginebra, Estrasburgo y Montauban.

<sup>111</sup> Carta al cardenal d'Isoard, septiembre de 1838. *Carta 1077, Lettres, t. IV, p.377. No está nada claro que fuera el P. Chevallier el que llevara a Roma la documentación. El mismo P. Chevallier, el 29 de noviembre de 1838 (AGMAR 27.6.337) dice que Audinet va a llevar a Roma todo el dossier y aconseja al P. Chaminade que lo haga llegar al canónigo Valentini, a quien va a anunciar la llegada de Audinet. Por su parte, el canónigo Valentini, el 24 de enero de 1839 (AGMAR 28.1.375) acusa la recepción de todo el dossier, que lo ha traído un negociante de Burdeos, a quien no ha tenido el placer de ver. Finalmente, Jean Troffer habla en una carta al P. Chaminade el 20 de abril de 1838 (AGMAR 27.5.207) de rumores en Burdeos sobre un viaje del P. Chaminade a Roma.*

<sup>112</sup> *Cfr. Lettres, t. V, p. 37.* El cardenal Giustiniani sustituyó en la Prefectura de la Congregación de obispos y regulares al cardenal Sala, que murió poco después. Como nuncio en Madrid, el cardenal Giustiniani se había visto obligado a refugiarse en Burdeos cuando los disturbios de 1823. Estuvo allí varios meses y no es imposible que hubiese conocido al fundador.

<sup>113</sup> Especialmente el cardenal Polidori.

ha decidido en su benevolencia que los dos institutos eran dignos de toda recomendación, por lo que se declara en este decreto alabarlos y aceptarlos plenamente. En consecuencia, Su Santidad ha querido que se inculcase a sus diversos miembros el espíritu de la obra eminentemente piadosa, para que avancen cada día con alegría y ardor, bajo los auspicios de María, en la carrera que han emprendido, seguros de ser así útiles a la Iglesia<sup>c</sup>. Al decreto acompañaban favores espirituales, indulgencias y poderes «como prueba de singular benevolencia por parte del Pontífice».

El P. Chaminade no pudo contener su alegría al recibir este precioso documento. Lo besó con efusión y respeto y se apresuró a comunicar a sus hijos la feliz noticia. Les decía<sup>114</sup>: «He recibido este precioso decreto; lo he leído y releído con el respeto y agradecimiento filial debidos a todo lo que emana de la santa Sede, y mi corazón está confuso y mi alma embelesada. Veréis, en primer lugar, que nuestro Santo Padre une en el mismo decreto a las órdenes con las mismas alabanzas, para enseñarnos para siempre que nuestras dos órdenes marchando juntas hacia el mismo fin, en dos líneas paralelas, por vías respectivamente apropiadas a cada sexo, deben estar unidas, aunque distintas, y rivalizar en celo, caridad y esfuerzos para procurar la gloria de Dios y de su santa Madre<sup>115</sup>. Veréis también, con expresiones enérgicas, cuánto hemos complacido al corazón de Su Santidad, y cómo, en la efusión de su alegría y de su ternura paternal, el Santo Padre nos bendice, nos alaba y nos anima a la perseverancia».

Estas últimas líneas pudieron ser especialmente comprobadas cuando, con fecha del 21 de agosto, Gregorio XVI quiso responder con una carta de gran benevolencia a los agradecimientos que le habían enviado. Decía entre otras cosas<sup>d</sup>: «Queremos responderle para animarle a usted y a sus queridos hijos e hijas a trabajar con un celo infatigable en las obras de piedad y caridad que proyectan, y también a orar con todo el fervor de su ternura filial por nuestra debilidad abrumada en estos días malos bajo el peso formidable del Soberano Pontificado».

Sin duda, no había obtenido de Roma todo lo que hubiera deseado, pero sentía que en vida no podía esperar más. Había solicitado lo que él llamaba la *institución canónica* de sus dos institutos, es decir una aprobación definitiva de la obra y de sus Constituciones<sup>116</sup>. Se le hizo saber que Roma empezaba a proceder según reglas nuevas, que imponía plazos sucesivos, como diferentes etapas a superar, antes de admitir a la nueva Orden en la Iglesia y sobre todo antes de dar a sus Constituciones el visto bueno solemne de la autoridad suprema. El P. Chaminade se puso en manos de la Providencia, tan buena para él y para los suyos hasta ese día, y habló en estos términos del futuro a sus hijos<sup>117</sup>: «La aprobación con la que Su Santidad ha querido honrar a nuestras dos órdenes no corona todavía completamente el objetivo de nuestros deseos, pero es la prenda segura y la más fuerte garantía posible de lo que esperamos de la benevolencia pontifical. Un obispo, uno de nuestros poderosos protectores ante la santa Sede, al leer la carta de Roma en la que Su Eminencia el cardenal Giustiniani le anunciaba el primer decreto a nuestro favor, exclamó en medio de su consejo: "Esta es la beatificación; pronto seguirá la canonización". Nuestra intención es esperar con confianza filial el momento de la santa Sede»<sup>118</sup>.

Así pues, se podían publicar las Constituciones completas. El P. Chaminade las hizo escribir para cada uno de los dos institutos y, cuando el trabajo estuvo listo, las envió a todas las

<sup>c</sup> *Texto del Decreto en Lettres, t. V, pp. 36-37.*

<sup>114</sup> Circular del 22 de julio de 1839. *Entresacado de la carta 1153, t. V, p. 44.* Por un retraso de correos, el texto del decreto, expedido el 30 de abril, no llegó a Burdeos hasta el mes de julio siguiente.

<sup>115</sup> Efectivamente, Roma admitía entonces muy explícitamente la unión de los dos institutos bajo un mismo Superior general. El decreto habla incluso de los *sucesores* del P. Chaminade en esta doble carga.

<sup>d</sup> *Cfr. Lettres, t. V, p. 95.*

<sup>116</sup> Él esperaba que los votos fuesen *solemnes*, ignorando que la Iglesia ya no los admite en los institutos modernos.

<sup>117</sup> Circular del 22 de julio de 1839. *Carta 1153, Lettres, t. V, p. 45.*

<sup>118</sup> Antes del final de este año 1839, nuevos favores de Roma, poderes e indulgencias daban a los dos institutos nuevas muestras de la benevolencia pontifical. Por ejemplo, el título de *misionero apostólico* para todos los Superiores generales de la Compañía, la facultad a los sacerdotes de la Compañía de erigir *via crucis*, etc.. El secretario de Estado, cardenal Lambruschini, que había sido el canal de estos favores, los anunciaba al P. Chaminade y le decía: «Usted ve así, Padre, que tomo siempre el mismo interés por su digna persona y sus piadosas obras, y espero que no me olvidará en sus santas oraciones. Yo pondré siempre el mismo interés en complacerle en todo lo que dependa de mí» (12 de diciembre de 1839).

casas el 5 de septiembre de 1839. Las acompañó con una corta circular que reflejaba su alma serenada por los horizontes de paz que le había abierto la aprobación pontifical. Decía<sup>e</sup>: «¿Os diré, queridos hijos, el pensamiento de alegría y esperanza que hace vibrar en este momento mi corazón? Me parece que acogeréis con placer estas Constituciones, como la prenda de mi ternura, como el tesoro de mis secretos para vuestra felicidad y como el testamento de un padre que os quiere con toda su alma. Sí, queridos hijos, las acogeréis con amor, y mientras vuestros jefes juren ante el altar hacer lo posible por su exacta observancia, según el deber de su cargo, todos tomaréis la resolución de ser fieles a ellas hasta la muerte. Mi edad avanzada me dice que me quedan pocos días de vida entre vosotros, queridos hijos. Os conjuro a que hagáis que yo os vea a todos rivalizar en celo y esfuerzos por poner en práctica las Constituciones que os presento en el nombre de Dios. Debéis este consuelo a mi vejez, pero lo debéis sobre todo a la santa Sede y a la augusta María».

Nobles y conmovedores acentos que eran como el *Nunc dimittis* del venerable anciano. Efectivamente, llegaba al término no de su carrera aquí abajo, sino de su responsabilidad en la misión divina que le había sido confiada.

\*\*\*\*\*

---

<sup>e</sup> Entresacado de la carta 1167, *Lettres*, t. V, p. 89.